

VIENTO DEL INFIERNO

Ray Lester

CIENCIA FICCION


BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del
ESPACIO
VIENTO DEL
INFIERNO
Ray Lester
CIENCIA FICCION




eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

345 — *Rebelión en la galaxia*. A. Thorkent.

346 — *¡Amenaza en órbita!* Glenn Parrish

347 — *El gigante sideral*. Ralph Barby.

348 — *Prisión en Ganimedes*. A. Thorkent.

349 — *Viaje hacia el horror*. Kelltom McIntire.

RAY LESTER

VIENTO DEL INFIERNO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 350

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 6.394 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

Hacía unos cinco minutos que el sol se había ocultado tras las peladas crestas de los montes Mohawk, dejando paso a las primeras sombras de la noche que comenzaron a extenderse sobre las dunas arenosas y los promontorios rocosos del árido desierto.

Las tres motocicletas "todo terreno" avanzaban diestramente conducidas por la polvorienta carretera. Más que una carretera, se podía decir que aquello era un simple camino. Uno de los muchos caminos rectos, como trazados por un tiralíneas, que cruzaban el inhóspito y solitario Gila.

Los pilotos se levantaban en ocasiones sobre sus máquinas sorteando algún obstáculo inesperado, como si en lugar de motocicletas montasen caballos salvajes.

De pronto, la moto que marchaba en última posición avanzó adelantando a las otras dos. Después de rebasarlas, el piloto que la conducía hizo señas con el brazo pidiendo a sus compañeros que se detuvieran.

Cuando las tres motocicletas quedaron detenidas a la misma altura, el que había solicitado la detención levantó el protector plastificado de su casco siendo imitado por los otros dos.

Levantando la voz por encima del petardeo de las máquinas, gritó:

—¡Habría que buscar un sitio donde pasar la noche, Roy!

Uno de los otros dos movió la cabeza en sentido afirmativo y extendió el brazo señalando al frente. Como no hiciera ningún comentario apoyando su ademán, preguntó el otro:

—¿Adonde quieres llegar, Roy? La noche se nos está echando encima por momentos.

Roy Bronson respondió entonces levantando también la voz:

—A unas cuatro millas de distancia encontraremos un lugar adecuado. Se trata de un sitio lleno de peñascos que servirán para protegernos del airecillo nocturno.

Ronnie Bern dio una cabezada de conformidad.

—De acuerdo. ¿Qué dices tú, Tony?

El tercer piloto, Tony Roeg, encogió los hombros respondiendo:

—Roy conoce bien estos parajes.

Bronson volvió a bajar el plástico protegiéndose el rostro y puso la motocicleta en movimiento reanudando la marcha. Tony Roeg y Ronnie Bern se apresuraron a seguirlo.

Eran tres jóvenes que habían terminado sus estudios y decidieron realizar aquel viaje a través del Gila porque amaban la Naturaleza. Deseaban pasar unos días en contacto directo con ella. Lejos del tráfago de las ciudades modernas llenas de ruidos y polución.

Roy Bronson tenía veinticinco años y era el veterano del grupo. Rostro curtido, cabellos oscuros, mediana estatura y facciones varoniles. Había estado con anterioridad en el desierto y de alguna manera fue el promotor del viaje.

Para sus dos amigos aquélla era una experiencia insólita.

Tony Roeg contaba veintidós años y sus rasgos un tanto infantiles le conferían aspecto de niño grande. Tenía rojizo el cabello y era alto, de figura desgarbada.

Ronnie Bern tan sólo había cumplido los veinte y era el más fornido de los tres. Gran corpachón y ojos candorosos que desmentían la realidad de su carácter.

Durante unas tres millas rodaron sin novedad.

Pero justo cuando llegaban a las primeras peñas que anunció Bronson, detuvo éste la motocicleta bruscamente y levantando la zurda pidió a sus compañeros que volvieran a detenerse.

Al quedar los tres emparejados, inquirió extrañado Tony Roeg:

—¿Qué sucede ahora, Roy?

Bronson hizo una indicación señalando al frente.

—Mirad aquello.

Tony y Ronnie dirigieron la mirada hacia donde indicaba Bronson y arrugaron el ceño. Delante de ellos, como a unas cincuenta yardas de distancias, podían ver un pequeño "jeep" fuera de la polvorienta carretera. Se hallaba totalmente inclinado sobre su parte derecha y parecía empotrado en una roca de regular tamaño.

Tras un corto silencio, preguntó Roy:

—¿Qué os parece?

—Creo que se trata de un "jeep" particular, Roy.

—Eso salta a la vista, Tony. Y es posible que si tiene ocupantes se encuentren en dificultad.

Ronnie también emitió su comentario:

—Da la impresión de que se salieron del camino y fueron a estrellarse contra esa peña, Roy.

—Lo mismo estaba pensando yo, Ronnie —asintió Bronson—. Vamos a echar un vistazo, pero sin confiarnos demasiado. En el desierto todos los trucos son válidos.

Tony Roeg ladeó la cabeza mirándolo.

—¿Supones que puedan ser bandidos?

—Nunca se sabe, Tony —respondió Bronson—. Sin embargo, por lo que pudiera ocurrir, adoptaremos las debidas precauciones para evitar sorpresas desagradables.

—¿Qué tienes en mente?

—Vosotros dos detendréis las máquinas a unas veinte yardas del vehículo mientras yo me acerco a inspeccionar. Luego esperaréis mi señal para acercaros.

—¿Piensas aproximarte solo, Roy?

—Desde luego, muchacho. Ya habéis escuchado mis instrucciones.

Sin aguardar a que sus compañeros hablaran metió Bronson la marcha y salió en primer lugar hacia el "jeep" volcado.

Tony y Ronnie lo siguieron sin precipitaciones. Cuando calcularon que estaban a la distancia indicada por Roy se volvieron a detener y observaron atentamente a su amigo.

* * *

Los dos muchachos avanzaron con sus motocicletas en cuanto Roy Bronson los llamó ondeando el brazo. Al llegar junto al "jeep" quitaron el contacto de las máquinas y se desprendieron del casco protector como había hecho Roy.

Al lado de su amigo se hallaba un hombre de unos cincuenta y cinco años, delgado, de escasos cabellos y pómulos bastantes marcados. Bronson lo presentó sin preámbulos:

—Este señor es el profesor Richard Bancroft, muchachos. Su compañero de viaje se encuentra malherido y necesita ayuda.

Bancroft tendió la diestra a los dos jóvenes y agregó Roy:

—Son mis amigos Tony Roeg y Ronnie Bern, profesor.

Ronnie se quedó mirando a Bancroft.

—¿Se pegaron la torta, profesor?

—¿Cómo dice?

—Ronnie quiso decir si tuvieron un accidente, profesor —intervino Tony—. Es lo que hemos supuesto.

Richard Bancroft movió la cabeza afirmativamente.

—En efecto. Arthur conducía el coche y no pudo controlarlo cuando se reventó la rueda delantera derecha. Sufrió un fuerte impacto en el pecho con el volante.

Roy hizo una indicación a sus amigos.

—Seguidme.

Tony y Ronnie lo acompañaron al otro lado de la peña contra la que se había estrellado el "jeep" y allí, tendido sobre una manta y tapado por otra, vieron al herido.

—Se trata del profesor Arthur Collinson, muchachos —informó Bronson—. Lo tuve hace varios años en la cátedra de Física.

Tony Roeg observó durante unos segundos la intensa palidez que cubría el rostro de Collinson. En la comisura izquierda de su boca había un hilillo de sangre y su respiración era jadeante.

—Este hombre está muy mal, Roy.

—Así es, muchacho —respondió Bancroft detrás de él—. Necesita cuidados médicos urgentemente.

—Collinson fue un excelente profesor para mí —explicó Bronson a sus dos amigos—. Hemos de hacer todo lo posible por salvarle la vida.

Ronnie meneó la cabeza.

—Sabes que puedes contar con nosotros para lo que sea, Roy.

Tony Roeg se estaba pasando la mano por la nuca dubitativo.

—¿Cómo diablos se les ocurrió adentrarse solos en el Gila, profesor Bancroft? Ustedes ya no son jóvenes y debieron pensar que cualquier percance los podría dejar tirados en la cuneta.

Roy Bronson se adelantó al científico diciendo:

—Collinson y Bancroft estaban investigando sobre fenómenos atmosféricos, Tony. Pero no es momento ahora de discutir su presencia aquí, sino de actuar.

Tony inclinó la cabeza mordiéndose el labio.

—Haremos lo que tú digas, Roy.

Bronson se inclinó arrodillándose junto al herido y tras examinarlo atentamente una vez más, se incorporó despacio sacudiendo la cabeza apesadumbrado.

—Temo que en estas condiciones no resistirá un traslado. ¿Qué opina usted, Bancroft?

—Desde luego no está en estado de ser trasladado —dijo el profesor —. Es muy posible que tenga fracturada alguna costilla y moverlo podría significar provocarle una hemorragia interna que no superaría. Si se pudiera conseguir…

—¿Está pensando en un helicóptero, Bancroft?

—En efecto, Roy.

—Sería milagroso conseguirlo.

Richard Bancroft hizo un gesto de desaliento.

—Me hago cargo, Roy.

—No obstante podemos hacer algo.

Roy Bronson era un hombre activo de férrea voluntad, difícil de doblegar por las adversidades. Sin pensarlo demasiado tomó una determinación y giróse a sus amigos.

—Vosotros dos vais a ocuparos de poner en condiciones de funcionamiento el "jeep" por si necesitamos utilizarlo. No importa las abolladuras que tenga con tal de que ruede. Usted, Bancroft, ocúpese

de buscar combustible y encienda un fuego cerca del profesor Collinson para que no se quede helado.

Tony, Ronnie y el científico se quedaron mirando a Bronson. Finalmente inquirid Ronnie:

—¿Qué piensas hacer tú, Roy?

—Cogeré la moto y me llegaré a Walker Big. Puedo tardar unas tres horas en ir y otras tres en volver.

—¿Te refieres al pueblucho donde estuvimos comiendo este mediodía?

—Exacto. Allí tiene que haber alguna persona que sepa cuidar a un herido y disponga de medicamento. También es posible que el oficial de policía tenga una emisora con la que podamos solicitar un helicóptero y la presencia de un doctor capacitado.

CAPITULO II

A Walker Big no sé le podía dar el calificativo de pueblo. En realidad sólo eran unas doce o quince casas de vieja construcción y pésimamente alineadas a ambos lados de la polvorienta y única calle que disponía.

El petardeo producido por la motocicleta pilotada por Roy Bronson tuvo forzosamente que despertar a la mayoría de los vecinos. A juzgar por la densa oscuridad que reinaba en torno, todos los habitantes de Walker Big debían hallarse durmiendo en aquellos momentos.

Era cerca de la medianoche.

El joven detuvo su máquina frente a un pequeño y vetusto edificio que según rezaba en un deteriorado cartel, alojaba al único representante de la ley en el pueblucho.

Bronson descendió de la moto y se aproximó a la puerta.

Pero no tuvo necesidad de llamar porque ésta se abrió bruscamente y en el hueco apareció un individuo de fuerte anatomía y unos treinta años de edad. Iba en camiseta y al parecer se había puesto los pantalones de forma precipitada.

En la mano zurda sujetaba una lámpara de gas que levantó por encima de su cabeza escrutando el rostro de Bronson. Con la diestra empuñaba un pistolón encañonándolo.

Al reconocerlo chasqueó la lengua contrariado y masculló en tono agresivo:

—¿Otra vez por aquí, muñeco?

Roy Bronson torció los labios en acida sonrisa.

—Será que me gusta su asqueroso pueblucho, alguacil.

El individuo frunció el entrecejo y levantando un poco el revólver dijo hosco:

—Eres uno de esos niños modernos que no se asustan de nada, ¿eh? Ya os dije que no quería volver a veros por Walker Big haciendo ruido con vuestras malditas motos.

El joven lo miró serenamente.

—Se trata de una emergencia, jefe:

—¿Sí, eh? —compuso una mueca el policía—. No me digas que uno de tus compañeros se rompió la crisma.

—Tony y Ronnie se encuentran perfectamente.

—Qué lástima.

—Pero el profesor Arthur Collinson necesita la ayuda de un doctor lo antes posible. El "jeep" que conducía se estrelló contra una roca y se encuentra herido de gravedad.

El policía sospesó unos instantes las palabras de Bronson.

—¿Has dicho el profesor Collinson?

—Eso es.

—¿Y quién es ese tipo?

—Usted debió verlo hoy, alguacil. Forzosamente tuvo que pasar por el pueblo. Es el único camino...

—Nadie pasó por Walker Big aparte de vosotros haciendo ruido con esas máquinas infernales, muñeco.

Roy Bronson parpadeó asombrado. Después de unos segundos silenciosos sugirió:

—Tal vez se encontraba usted fuera cuando el "jeep" pasó por aquí.

—¿Fuera...? No me hagas reír, hombre. ¿Adonde quieres que vaya por estos andurriales, muñeco?

Bronson empezó a perder la paciencia y apuntó al agente de la ley con el índice extendido.

—Escucha, Preston... —silabeó tuteándole como hacía el policía—. Tu nombre es Mark Preston, ¿no? Me importa un rábano por donde pasaran los dos profesores, pero el caso es que Collinson está grave y vas a prestarme la máxima ayuda. Y deja de llamarme muñeco si no quieres tragarte la pistola que empuñas.

El alguacil Mark Preston pestañeó asombrado por la reacción de Bronson. Luego ladeó la cabeza y sus pupilas brillaron inusitadamente en la semioscuridad.

—De repente te has vuelto un machito, ¿eh?

Roy Bronson exhaló el aire de sus pulmones.

—Un hombre necesita urgentemente cuidados, Preston —dijo calmoso—. Cuando Collinson se encuentre en manos de un doctor podremos comprobar cuál de nosotros dos es más macho.

El policía emitió una helada risita.

—Eso lo vamos a comprobar ahora mismo, muñeco.

Echó a andar despacio hacia Bronson sin dejar de encañonarlo con su arma y tuvo que dar un paso atrás el joven.

—¿Piensas demostrarme tu hombría apuntándome con una pistola, Preston? Si al profesor Collinson le ocurre algo por tu culpa prometo arrancarte la piel a tiras, policía de mierda.

Mark Preston dio una cabezada complacido.

—Palabra que me gusta eso que estás diciendo, muñeco.

De pronto se escuchó una voz femenina a la derecha de ellos:

—¿Qué sucede, Mark?

El policía se detuvo un segundo y luego ladeó fugazmente la cabeza diciendo ceñudo:

—Regresa a tu casa, Anne.

Bronson observó que a unas tres yardas se encontraba una muchacha que sostenía una lámpara de gas en la mano. Por la luz que desprendía pudo calcular que tendría unos veintidós años, cabellos oscuros en corta y airosa melena, rostro de rasgos serenos y figura juvenil, de regular estatura.

El joven vio que ella movía la cabeza en sentido negativo.

—No tienes que darme ninguna orden, Mark —respondió con firmeza al policía—. Me ha parecido escuchar que este hombre necesita urgentemente a un médico.

Roy Bronson se adelantó antes de que hablara Preston:

—Así es, señorita...

—Meredith. Anne Meredith.

—Mi nombre es Roy Bronson, señorita Meredith. Un amigo mío, el profesor Arthur Collinson, ha sufrido un accidente y se encuentra en

grave estado.

—¿Dónde se encuentra su amigo, señor Bronson?

—En el desierto, a unas tres horas de Walker Big. Tuvo un despiste y estrelló el "jeep" que conducía contra una roca. Se clavó el volante en el pecho.

—¿Y no ha podido trasladarlo?

—Imposible —respondió Bronson—. Suponemos que Collinson sufre fractura de alguna costilla y moverlo podría significar su muerte.

Ella arqueó las cejas.

—¿Suponemos...?

—Con el profesor Collinson se encuentran mis amigos Tony Roeg y Ronnie Bern...

—Los dos gamberros que pasaron en compañía de éste sobre el mediodía, Anne —terció interrumpiéndolo Preston—. No son de fiar estos sujetos muchacha.

Anne Meredith suplicó:

—Por favor, Mark.

Roy Bronson no quiso prestar atención a las palabras del policía y siguió:

—El profesor Bancroft, compañero de viaje de Collinson, acompaña también al herido, señorita Meredith. Si disponen de una emisora se podría solicitar la presencia de un helicóptero para trasladar a Collinson.

Mark Preston volvió a reír bajito.

—Este muñeco se cree que está en Los Angeles, Anne.

—No seas impertinente, Mark, te lo ruego —pidió un tanto furiosa la chica. Luego giróse de nuevo a Roy agregando—: Lo siento, señor Bronson. Walker Big es un poblado dejado de la mano de Dios. El único medio de comunicarnos con la civilización que tenemos es el teléfono. Y la línea se cortó hace tres días.

Roy se masajeó el mentón pensativo y se abrió una pausa silenciosa. En otras puertas aparecieron también personas con lámparas, pero ninguna avanzó hasta donde ellos se encontraban.

El joven acabó levantando la cabeza.

—¿Disponen de médico en este pueblo, señorita Meredith?

—También tiene mala suerte en eso, señor Bronson. Mi padre es el doctor de Walker Big y se encuentra de viaje. No regresará hasta la semana próxima.

Bronson crispó los puños imprecando entre dientes.

Anne Meredith dijo entonces:

—Yo puedo ayudar a su amigo aunque no le prometo gran cosa, señor Bronson. Soy enfermera graduada y siempre colaboro con mi padre en el cuidado de los enfermos. Tengo experiencia en heridas y enfermedades.

El policía Mark Preston saltó diciendo soliviantado:

—¡Eh…! No estarás pensando en acompañar a este tipo al desierto, ¿no. Anne?

La chica asintió meneando la cabeza.

—Eso es exactamente lo que me propongo hacer, Mark.

—Si crees que lo voy a consentir es que no me conoces.

—No me lo puedes impedir, Mark —rebatió Anne Meredith hablando firmemente—. Una persona necesita cuidados médicos y pienso ayudarla en la medida de mis fuerzas.

Roy Bronson esbozó una sonrisa.

—Gracias, señorita Meredith.

—Déme diez minutos para cambiarme y preparar el instrumental, Bronson —ya se giraba la chica sobre los talones cuando se detuvo y miró de nuevo al joven—. Y puede llamarme Anne, Bronson. Por estos lugares todos lo hacen.

Bronson dio una cabezada afirmativa.

—Repito las gracias, Anne.

La hija del doctor de Walker Big se dirigió a su casa que distaba poco de allí, El policía Mark Preston siguió empuñando el revólver y lanzó al joven una aviesa mirada.

—¿Supones que la dejaré ir sola contigo, Bronson?

—No, Preston.

—Conque no, ¿eh?

—Me consta que nos acompañarás.

—Exacto —mascullό el policía—. Y como todo resulte una trampa vais a sudar sangre, Bronson. No te muevas de aquí hasta que venga con el coche, ¿estamos?

Roy rió irónico.

—Descuida, Preston. Anne y yo iremos más seguros si nos acompaña un valeroso oficial de policía.

* * *

Mark Preston detuvo su vehículo junto al tumbado "jeep" que había descubierto segundos antes con los faros. Tan pronto lo hubo hecho saltaron a tierra Anne Meredith y Roy Bronson.

El policía les siguió con la diestra próxima a la culata del revólver que enfundaba en la cadera.

Bronson soportaba el maletín con el instrumental médico del padre de la chica. Esta lo miró brevemente y él le hizo una indicación señalando la hoguera al otro lado de la peña.

—Adelante, Anne.

De la fogata se separaron tres figuras que acudieron apresuradamente al encuentro de los recién llegados. Tony portaba una linterna que los iluminó a todos.

Antes de que pudieran despegar los labios se les adelantó Roy inquiriendo:

—¿Cómo sigue Collinson?

Fue el profesor Richard Bancroft el encargado de responderle.

—Parece que duerme tranquilamente. Hace rato que no nos acercamos a él porque pensamos que era preferible dejarlo dormir. ¿Quién es esta señorita, Bronson?

—Anne Meredith, profesor. Es la hija del médico de Walker Big y puede atender a Collinson.

Bancroft arrugó el entrecejo.

—Pero…

—Este lugar se encuentra lejos de todo punto civilizado, profesor —lo atajó brusco el joven—. Anne Meredith tiene experiencia en estos casos y servirá para calibrar la gravedad de Collinson. Después decidiremos lo que conviene hacer.

Bancroft titubeó y apremió Bronson:

—Vamos, profesor, deje que la chica examine a Collinson. No tenemos otra alternativa.

Richard Bancroft todavía permaneció unos instantes sin decidirse. Luego terminó por acceder.

—De acuerdo.

Tony Roeg se adelantó entonces con la linterna y arrebatando el maletín a Roy se ofreció para llevar a la chica junto al herido. Poco después desaparecían ambos por un lado de la roca.

Roy, Bancroft, Ronnie y Preston, se quedaron allí en penumbras.

Bronson advirtió que el profesor Bancroft no apartaba la mirada del agente de la ley. Dejó transcurrir unos segundos y presentó con cierto sarcasmo en la entonación:

—Este hombre es el policía Mark Preston, profesor Bancroft. Tuvo la gentileza de acompañarnos voluntariamente para vigilar que nada nos ocurriera durante el viaje.

El científico tendió la mano al policía, pero éste la ignoró emitiendo un gruñido al tiempo que fulminaba a Roy taladrando la oscuridad con sus pupilas.

De repente un alarido rasgó la noche del desierto.

Había brotado de la garganta de Anne Meredith y durante unas décimas de segundo los cuatro hombres quedaron paralizados por la sorpresa, convertidos en estatuas.

Roy y Preston reaccionaron casi al mismo tiempo y ambos echaron a correr hacia el lugar donde había sonado el tremendo grito de espanto femenino.

El policía desenfundó el revólver mientras corría.

—Esto lo vas a pagar caro, maldito muñeco.

Bronson no le prestó atención y siguió corriendo.

Segundos después llegó al lugar donde se encontraban Anne y Tony, seguido de cerca por el policía.

Vio que la muchacha se hallaba arrodillada junto a las mantas que abrigaban al profesor Collinson. Se tapaba el rostro con ambas manos y temblaba convulsivamente.

Tony estaba alelado junto a ella.

Bronson desvió la mirada a las mantas y sintió que un helado escalofrío le recorría la espina dorsal.

Porque en el lugar que debía ocupar el profesor Arthur Collinson entre las mantas… ¡había un esqueleto!

CAPITULO III

Mark Preston paseó la mirada en torno suyo escrutando los rostros contraídos de los otros.

—Esta broma no tiene ninguna gracia —masculló torvo—. Quiero saber ahora mismo a quién de vosotros se le ocurrió la maldita idea de meter un esqueleto entre las mantas.

Roy Bronson se había inclinado sobre Anne y sujetándola por los hombros la ayudó a incorporarse. La muchacha todavía temblaba aterrorizada entre sus brazos.

Del esqueleto que encontraron en el lugar donde estuvo el profesor Arthur Collinson apenas si quedaban huellas. Sólo un polvillo blanco adherido a la manta inferior. El resto de los huesos que formaban el esqueleto se habían desvanecido convirtiéndose en cenizas que eran arrastradas por el airecillo del desierto.

Como si aquel esqueleto hubiera tenido más de cien años.

Y todos asistieron sobrecogidos al dantesco espectáculo.

A excepción del policía Mark Preston que volvió a insistir tercamente mascullando:

—He dicho que quiero al culpable de la maldita broma.

Richard Bancroft lo miró aprensivamente.

—No se trata de una broma, Preston. Puedo jurarle que hace unas horas el profesor Collinson se encontraba herido de gravedad.

Preston rió sarcástico.

—Quiere hacerme creer en cuentos de terror, ¿eh?

—Le estoy diciendo la verdad, agente.

—¿Sí, eh?

—No puedo comprender lo que ha sucedido.

Mark Preston apretó los maxilares furioso.

—Yo se lo diré, Bancroft. Ustedes forman un grupo de chistosos que se han querido burlar de nosotros gastándonos una broma pesada.

Divertirse un rato a costa nuestra, vaya. Ahora tratan de arreglarlo poniendo esas caras de idiotas, pero…

Ronnie Bern no pudo evitar el estallido de sus nervios y gritó como un energúmeno mirando al policía:

—¡Basta ya, Preston!

El agente se giró encarándose a Ronnie.

—¿Qué pasa contigo?

—¿Acaso es incapaz de ver la consternación que se refleja en nuestros rostros, Preston? —jadeó Ronnie—. ¿Supone que la fuerte impresión que nos atenaza es fingida?

El policía entornó los ojos.

—Eso es exactamente lo que pienso,

—Aquí ha ocurrido algo monstruoso que no podemos explicar, Preston —siguió vehemente Ronnie—. Hace unas horas que Collinson se hallaba aún con vida. Nosotros cuatro lo sabemos.

Mientras discutían, las sombras de la noche iban siendo barridas por la penumbra grisácea del amanecer. La claridad aumentaba por momentos y pronto sería completamente de día.

Mark Preston contestó a las palabras de Ronnie riendo con sorna.

—Vamos a ver si lo entiendo —fingió una calma que estaba muy lejos de sentir—. Hace unas horas había un hombre herido dentro de esas mantas, ¿no? En cambio ahora las cenizas de su esqueleto se las ha llevado el viento. Así de sencillo. Una persona muere a causa de unas heridas y en el transcurso de tres o cuatro horas se realiza un proceso que habitualmente tarda de quince a veinte años según las circunstancias. ¿Es eso lo que tengo que creer?

Tony Roeg dio una cabezada saliendo en apoyo de Ronnie.

—Por increíble que parezca es lo que ha sucedido, Preston.

—¡Iros todos al infierno, malditos! —chilló el policía iracundo—. No voy a tragarme una patraña semejante.

Roy Bronson intervino entonces en la discusión. Después de comprobar que Anne Meredith podía sostenerse en pie por sus propios medios, echó a andar en dirección al agente de la ley.

—Ya estoy harto de escucharte, Preston. Voy a tener que darte una paliza para calmar tus nervios.

El policía levantó el revólver apuntándole al pecho.

—Quieto donde estás, muñeco.

Bronson continuó avanzando despacio hacia él.

—Vas a tener que disparar si quieres detenerme, Preston. No creo que cometas un crimen delante de tantos testigos.

Mark Preston crispó las mandíbulas y plasmó en su semblante una mueca de sadismo invitando:

—Adelante, Bronson. Vas a comprobar si soy capaz de meter un balazo en tu vientre.

Roy siguió adelantándose.

Todos los presentes se hallaban sobrecogidos, impresionados y sin capacidad de reacción.

De pronto oprimió el disparador Mark Preston.

Pero ningún estampido crepitó rompiendo el denso silencio que los volvía. El policía vio que el joven se le venía encima y repitió por dos veces la acción de apretar el gatillo. En ninguna de las dos ocasiones brotó la bala de la pistola.

Preston levantó el revólver dispuesto a arrojarlo contra la cabeza de Bronson, pero en aquel momento levantó el brazo derecho éste y lo contuvo gritando:

—¡Un momento, Preston!

El policía se quedó inmóvil y pidió despacio Bronson:

—Echa un vistazo a la pistola, Preston.

El agente de la ley permaneció unos instantes vacilando y luego bajó la mano haciendo lo que solicitaba Roy Bronson. Tan pronto hubo posado la mirada en el arma sintió un escalofrío.

Aquel revólver no servía ni para un museo.

Todo él estaba cubierto por una gruesa capa de óxido. Como si hubiera estado enterrado bajo tierra cientos de años. Pestañeó varias veces sin querer dar crédito a lo que estaba viendo con sus propios

ojos.

Roy Bronson adelantó el mentón inquiriendo en tono hiriente:

—¿Qué opinas ahora, Preston? ¿Cómo puedes explicar que un revólver que ayer se encontraba en perfecto estado de funcionamiento pueda presentar ahora ese aspecto?

Mark Preston guardó un hosco mutismo.

Roy se disponía a seguir hablando cuando el profesor Richard Bancroft llamó la atención de todos.

— ¡Venid a mirar esto!

Se encontraba junto al coche de Preston y lo examinaba detenidamente fruncido el entrecejo.

Los jóvenes llegaron a su lado y se quedaron estupefactos.

El vehículo aparecía cubierto de óxido por todas partes. No quedaba ni rastro de pintura en su carrocería. Tampoco podía distinguirse el color del tapizado, puesto que no existía tal tapizado. Aquel coche daba la impresión de haber permanecido a la intemperie durante siglos.

Mark Preston se hallaba anonadado.

Alargó la mano y quiso abrir la portezuela, pero tan pronto tiró de ella la chapa se desprendió de sus oxidados goznes y cayó al suelo junto a sus pies.

—Es... increíble —musitó aterrado Preston.

Roy Bronson se giró mirando al profesor Bancroft.

—¿Qué explicación puede tener cuanto está sucediendo, Bancroft?

El aludido encogió los hombros.

—Ninguna.

Anne Meredith, ya bastante recuperada de la primera impresión sufrida, se situó junto a Roy.

—Usted es un científico —dijo a Bancroft—. Está más capacitado que nosotros para encontrar una posible hipótesis, profesor. Nada ocurre en el mundo sin una razón.

—En estos casos no sirven las hipótesis, Anne —suspiró abatido

Bancroft—. No existe el menor atisbo que sirva de base a una explicación más o menos lógica.

Roy adelantó la diestra diciendo un tanto duramente:

—Deseo saber la índole del trabajo que realizaban usted y Collinson en el desierto, Bancroft.

El científico levantó la cabeza y lo miró unos instantes sin llegar a comprenderlo del todo. A continuación murmuró lentamente:

—Ya te lo dije, Bronson. Arthur y yo estábamos estudiando cierto tipo de fenómeno atmosférico.

—¿Puede eso tener relación con lo que está pasando?

—En absoluto —se apresuró a negar Bancroft—. Ambas cosas no pueden guardar relación entre sí. Es de todo imposible que estén conexionadas.

Bronson se pasó la diestra por el mentón.

Sin embargo…, esto raya en lo inverosímil, profesor.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Bronson.

Súbitamente escucharon un agudo silbido procedente de las alturas. Todos levantaron la mirada y lo que descubrieron llegó a colmar el límite racional de incredulidad que una persona es capaz de soportar sin volverse loca.

Tres grandes objetos se precipitaban sobre ellos a vertiginosa velocidad. Tenían forma convexa y el tamaño de cada uno de aquellos artefactos era superior a los veinte metros de extremo a extremo. Poseían una superficie metálica, brillante, sobre la que arrancaron destellos fulgurantes los primeros rayos tímidos del sol saliente.

Cuando todo hacia presagiar que se estrellarían sin remedio contra el grupo, se inmovilizaron bruscamente a unas diez yardas por encima de ellos. Entonces, ante la atónita mirada de Bronson y sus amigos, surgieron unos soportes de las bases y llegaron blandamente a la arena.

El agudo silbido desapareció.

Todos los componentes del grupo permanecieron silenciosos e impresionados observando los movimientos de aquellas extrañas máquinas. Jamás habían visto algo semejante a los insólitos artefactos.

Una vez estuvieron inmovilizados sobre la arena del desierto se abrieron unas aberturas rectangulares en lo que daba la sensación de ser hermético fuselaje. Por las tres puertas comenzaron a salir unos sorprendentes individuos.

Eran ocho en total y vestían de extraña manera.

Sus trajes plateados se ajustaban al cuerpo como una segunda piel y estaban confeccionados con un tejido desconocido a simple vista para Roy y sus compañeros. Sólo las cabezas de aquellas personas se hallaban fuera de la exótica vestimenta.

Los rasgos de sus rostros eran duros, inexpresivos.

Uno de los sujetos, el único que llevaba un pequeño círculo escarlata dibujado en el centro del pecho, dio unos pasos adelantándose hacia el grupo.

Roy observó que los otros siete sostenían en la diestra un cilindro metálico del tamaño de una linterna de bolsillo. En el centro del cilindro, un diminuto agujero los enfocaba a ellos.

El sujeto llegó a unos pasos del grupo y se detuvo escrutando fríamente el rostro de Richard Bancroft. Luego, en un inglés que contenía raros vocablos incomprensibles, dijo hablando despacio:

—Nunca debieron venir. La vida se acabará pronto.

Bancroft arrugó el ceño.

—¿Quiénes son ustedes?

—No estoy autorizado para facilitar información —respondió inexpresivamente el fulano—. Sólo debo decirles que el Principal ha decidido que tienen que morir.

Mark Preston cambió una ceñuda mirada con Roy.

—¿De dónde han salido estos fantoches?

—Te aconsejo que guardes silencio, Preston —le dijo severamente el joven—. Creo que vamos a necesitar mucha suerte.

El individuo del círculo escarlata en el pecho desvió la mirada posándola en Bronson.

—No es cuestión de suerte puesto que la de ustedes está echada. Nunca debieron traspasar el muro impenetrable. Debieron comprender que eso significaría la muerte inmediata para todos ustedes. De

ninguna manera podemos consentir una investigación.

Ronnie Bern parpadeó perplejo.

—¿De qué está hablando este chiflado? ¿A qué muro impenetrable se refiere, diablos?

Roy Bronson pasó el brazo por los hombros de Anne que volvía a temblar. Al mismo tiempo clavó las pupilas en el extraño individuo.

—Nosotros no hemos invadido nada, amigo.

—Han sido captados por nuestros sensores en el momento de penetrar y eso es irrevocable. Todo cuanto digan para disimular la verdad será inútil. Las computadoras jamás cometen un error. Ahora subirán dos de ustedes en cada nave y los llevaremos a presencia del Principal.

Bronson se resistió meneando la cabeza.

—Ignoro quiénes son ustedes, pero están cometiendo un tremendo error, amigo. Si nos adentramos en el desierto fue con el único deseo de pasar unos días en contacto directo con la Naturaleza. Si ese Principal de que habla supone que…

El profesor Bancroft cortó al joven haciendo un ademán. Al callar Roy miró inquisitivamente al hombre del traje plateado y preguntó:

—Este planeta es la Tierra, ¿verdad?

—Usted sabe que sí.

—¿En qué año nos encontramos?

El individuo dejó escapar una helada risita antes de contestar.

—Le consta que estamos en el año 2314.

CAPITULO IV

—¿Adonde supones que nos llevan, Roy?

—No tengo ni la menor idea, Anne. Estos tipos no han despegado los labios desde que nos metieron dentro de esta especie de nave cósmica.

—¿De verdad crees que podamos estar en el año 2314?

Roy Bronson lo pensó un poco antes de contestar.

Anne y él se hallaban sentados en unos sillones anatómicos, donde unas correas sujetas a tobillos y brazos los mantenían inmóviles. El hombre del círculo rojo en el traje explicó que no se trataba de una medida de seguridad, sino más bien de protección para ellos, debido a la alta velocidad de la nave.

En el mismo compartimiento de los dos jóvenes se encontraban dos sujetos que no se despegaban ni un segundo de los grandes paneles electrónicos llenos de innumerables lucecitas.

El joven sacudió la cabeza respondiendo a la pregunta de su compañera:

—Eso es muy difícil de predecir, Anne. Desde luego la cibernética ha dado un paso gigantesco en los últimos tiempos. Sin embargo no creo que actualmente, en el año 1983, nos encontremos a un nivel técnico semejante al que parecen poseer estos hombres.

La chica lo miró fijamente.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, Roy?

—Desde luego. Estoy admitiendo la posibilidad de que el jefe de estos sujetos dijera la verdad al decir que nos encontrábamos en pleno siglo XXIV.

Anne boqueó perpleja.

—Pero... es absurdo, Roy.

—¿Desde que dejé a Collinson malherido y fui en busca de ayuda están sucediendo cosas absurdas, Anne. Siento de veras haberte metido en este maldito lío.

—Tú no eres culpable.

—Parece que todos nosotros estemos viviendo una horrible pesadilla.

Hubo un breve silencio y sugirió Anne:

—¿Te has detenido a pensar en que estos individuos puedan ser extraterrestres, Roy?

—¿Seres venidos de otro planeta?

—Exacto.

—No lo creo, Anne.

—No he dejado de observarlos atentamente, Roy —murmuró ella—. Poseen unos rasgos faciales que difieren mucho de los nuestros. Incluso tienen un cráneo muy diferente al del hombre actual. Son detalles a tener en cuenta.

Bronson meneó la cabeza.

—Eso puede tener una explicación relativamente lógica si realmente nos encontramos en el año 2314, Anne. Te consta que el ser humano sufre continuas, aunque imperceptibles mutaciones a lo largo de los siglos. Los científicos lo llaman adaptaciones biológicas al medio ambiente en el que se desenvuelven. No tiene nada de extraño que en el siglo XXIV los seres humanos sean ligeramente distintos a nosotros. Y hasta la forma de hablar ha podido modificarse por los nuevos vocablos que surgen a diario.

Después de las palabras del joven se hizo otro pequeño silencio y de repente lo rompió Anne preguntando inopinadamente:

—¿Sientes… miedo, Roy?

Bronson esbozó una apagada sonrisa.

—Sería un hipócrita si te dijese lo contrario, Anne. Confieso que en estos momentos siento un miedo tremendo. Aunque siempre he sido amante de los misterios… lo que ocurre sobrepasa los límites.

—¿Temes que puedan matarnos?

Roy Bronson no supo qué contestar y se tomó unos segundos para hacerlo. Pero afortunadamente no tuvo necesidad de ello, ya que una puerta se deslizó silenciosa junto a los paneles y apareció el hombre del círculo escarlata en el pecho.

Se dirigió recto a los dos jóvenes.

—Nos vemos obligados a efectuar una detención, una emergencia técnica que durará unas tres horas.

Roy soltó una acida risita.

—¿Nos permitirá abandonar estos sillones y estirar los músculos?

—He venido a sacarlos de la nave. También sus compañeros serán sacados al exterior de las otras dos.

—Y eso retrasa nuestra ejecución, ¿no?

—En efecto —asintió inexpresivo el fulano—. Sólo la retrasa. No se hagan ilusiones.

Bronson suspiró.

—Mientras hay vida debemos conservar la esperanza.

De pronto empezó a decir el hombre del círculo escarlata en el centro del pecho:

—Soy el comandante Plit y he sido autorizado por el Principal para reunir el mayor número de datos posibles respecto a ustedes. Nuestras computadoras acabarán de aclarar el enigma en cuanto podamos facilitarles dichos informes. ¿Pueden decirme los motivos que tuvieron para venir a esta civilización?

—No se canse, amigo —replicó áspero Bronson—. Para mí es como si estuviera hablando en chino.

—Escuchen —fue diciendo paciente el comandante Plit—. Ustedes han penetrado en nuestro mundo a través de una implosión, ¿me comprenden? Una explosión sigue un curso invariable de dentro a fuera. Pero ustedes han invertido los términos, han alterado los factores lógicos. Eso es lo que nos intriga puesto que los sensores que detectaron la presencia de seres extraños han sido revisados y funcionan perfectamente. No existe margen al error.

Roy Bronson encogió los hombros displicente.

—Sigo sin entender nada.

—Según todos los datos reunidos ustedes no pueden existir. Es imposible, absurda, su permanencia en nuestro mundo.

—Eso simplifica las cosas, ¿no? —rió sereno el joven—. Si en realidad no existimos no tienen por que eliminarnos.

Súbitamente empezó a sonar un leve zumbido intermitente procedente de una especie de cajita rectangular que llevaba sujeta el comandante Plit a la cintura.

Este la desprendió del soporte y oprimió un resorte rojo. Inmediatamente apareció la faz de un hombre en una diminuta pantallita de televisión y una voz impersonal dijo:

—Tenemos problemas a bordo, comandante.

—¿Qué tipo de problema?

—F-3, comandante.

Bronson observó que Plit endurecía los músculos del rostro y sus ojos fulguraban coléricos.

—¿Cómo han podido cometer un fallo semejante?

—El individuo sorprendió a uno de los nuestros apoderándose del lanzador de rayos láser, comandante. Ahora nos amenaza con destruirnos si no dejamos en libertad a todos sus compañeros.

—¿Han tratado de disuadirlo?

—No quiere escuchar razonamientos, comandante. Sólo un círculo rojo como usted puede detenerlo.

Hubo un breve silencio y terminó moviendo la cabeza Plit.

—Está bien. Salid todos al exterior y procurad ganar tiempo sin excitar a ese maldito loco.

Cortando la comunicación con la otra nave se giró el comandante a Roy Bronson.

—Uno de sus amigos ha cometido una estupidez.

—Les arrebató una de esas armas, ¿eh?

—Exacto —replicó frío Plit— Y con eso sólo han conseguido adelantar su muerte.

* * *

Las tres naves se hallaban posadas en un paraje de lujuriosa vegetación que en nada se parecía a las polvorientas arenas del Gila. Todos los ocupantes las habían abandonado.

Mark Preston encañonaba al grupo de extraños seres con uno de sus propios cilindros. Contemplando la seriedad en aquellos semblantes rió exultante.

—Ahora tengo yo la sartén por el mango, ¿eh? Voy a divertirme disparando contra el árbol que tienen detrás de ustedes.

Sin pensarlo dos veces enfocó el orificio al árbol de que había hablado y oprimió un resorte en la parte superior del cilindro. Un rayo azulado brotó de su mano y el grueso tronco del árbol comenzó a arder cuando recibió en su base el impacto lumínico.

Roy Bronson torció los labios reprendiendo:

—No seas loco, Mark.

—¡Eh...! —se sorprendió el policía de Walker Big—. ¿Qué diablos estás diciendo, chico?

—Me temo que esa gente tiene el poder suficiente para destruirte en cuanto se lo propongan.

—¿Sí...? Que lo intente el más guapo.

—Hazme caso, Mark —insistió Bronson—. Nada podemos conseguir puesto que ni siquiera conocemos el manejo de esas naves. Y aun conociéndolo... ¿Adonde iríamos?

Preston le mostró el cilindro lanzador de rayos.

—Con esto se puede llegar muy lejos, Roy. ¿A qué estáis esperando para quitárselas a los otros?

Bronson encogió los hombros dejando escapar un suspiro.

—No cuentes conmigo, Mark.

—Roy tiene razón —apoyó grave el profesor Bancroft—. Nada adelantaremos aunque les arrebatemos las armas. Nos encontraremos en un mundo hostil sin posibilidad de movernos por él a nuestro antojo.

Mark plasmó una expresión rabiosa en el rostro y se giró a los restantes compañeros.

—¿Qué tenéis que decir vosotros?

Ronnie y Tony se limitaron a mover la cabeza en sentido negativo. Anne aconsejó severa:

—Haz lo que te ha dicho Roy, Mark. ¿No comprendes que es inútil toda resistencia?

El policía de Walker Big apretó los maxilares.

—¡Sois unos malditos cobardes!

En eso se adelantó el comandante Plit del grupo que formaba con sus hombres y miró fijamente a Preston.

—Se acabó la diversión.

El agente de policía ladeó la cabeza sonriendo.

—No me diga.

Entonces, el hombre del círculo escarlata en el pecho comenzó a lanzar ondas magnéticas sobre los ojos de Preston. Este se dio cuenta demasiado tarde de que lo estaba hipnotizando y cuando quiso apartar la mirada en un desesperado esfuerzo fue incapaz de hacerlo.

Los ojos de Plit brillaban como rubíes.

Mark Preston fue relajando los músculos y sus brazos cayeron a lo largo de los costados. Siguió en pie, pero ya no representaba ningún peligro para aquellos extraños seres.

Y el comandante Plit cometió un acto totalmente inesperado para todos por su extremada crueldad.

Extrajo uno de aquellos cilindros lanzadores de rayo láser y apuntando un instante al cuerpo de Mark Preston oprimió con inusitada frialdad el resorte.

El rayo lumínico llegó al cuerpo de Preston y éste salió bruscamente del estado hipnótico en que se hallaba dejando escapar un aullido infrahumano.

Sus compañeros contemplaron atónitos cómo se convertía en una antorcha humana.

Antes de que ninguno de ellos pudiera reaccionar y echarse sobre él para intentar apagar el terrible fuego que parecía brotar de toda su anatomía, Preston corrió enloquecido sin dejar de aullar.

Llegó al borde de un desnivel de unos cinco o seis metros y se arrojó rodando por él.

Sus amigos corrieron en su busca sin importarles en absoluto lo que

pudieran hacerles.

Bronson fue el primero en llegar al borde superior del desnivel y allí se detuvo impresionado. Vio que Preston se consumía sin remisión en el fondo de aquel terraplén.

Ronnie, Tony, Bancroft y Anne, comenzaron a descender en vano intento de socorrerlo.

Roy Bronson crispó las mandíbulas y giró rabioso sobre los talones.

—¡Miserables ca…!

Toda su rabia se trocó en inopinada sorpresa.

Porque delante de él no había absolutamente nada. Aquellas misteriosas naves y sus extraños ocupantes habían desaparecido sin dejar el menor rastro.

CAPITULO V

Ronnie Bern y Tony Roeg fueron los primeros en llegar junto a Preston y respingaron abriendo mucho los ojos. Inmediatamente llegaron el profesor Bancroft y Anne, que también se quedaron mudos de asombro.

¡Aquello no podía ser cierto!

Mark Preston se hallaba tendido sin conocimiento en el fondo del barranco, pero en su cuerpo no se observaba ni el menor rastro de quemadura. Incluso su vestimenta aparecía intacta.

Tony bisbiseó incrédulo:

—¿Qué diablos es esto?

Ronnie Bern sacudió la cabeza a su lado.

—Todos lo hemos visto convertido en una antorcha humana. Y sin embargo, ahora...

Anne permanecía meditativa una vez pasada la sorpresa y cuando Bronson descendió el desnivel llegando junto a ella, apuntó en voz baja para no ser escuchada por los otros:

—Podemos estar sufriendo una hipnosis colectiva, Roy. Todo esto resulta demasiado fantástico para que esté sucediendo.

El joven masculló contemplando al inconsciente Preston:

—No puedo decirte lo que ocurre, Anne. Pero en cambio te diré que en adelante no pienso sorprenderme por nada de lo qué suceda a nuestro alrededor.

Anne insistió:

— Hemos de hacer algo, Roy.

Bronson llenó de aire sus pulmones.

—¿El qué?

—No lo sé.

— Entonces, ¿cómo quieres que hagamos algo si ni siquiera sabemos por dónde empezar.

—Hay que averiguar lo que está pasando en torno nuestro, Roy —volvió a pedir la chica— Todo empezó en el desierto, acudimos en ayuda del profesor Collinson ¿Puedes asegurar que se encontraba mal herido en realidad?

El Joven arrugó el ceño.

—¿Adonde quieres ir a parar?

— No lo sé, Roy —exclamó Anne levantando la manos exasperada —. Pero insisto en que tenemos la obligación de hacer algo por nosotros mismos. Hemos de hurgar en nuestras mentes.

Bronson dio una zancada y profirió unas palabras ininteligibles. Después se giró a la muchacha ceñudo.

—¿Que hemos de buscar en nuestras mentes, Anne? Dímelo tú y prometo que encontraré lo que sea. Pero no me pidas que me vuelva loco pensando sin saber por qué.

En aquellos instantes recuperó Mark Preston el conocimiento y desparramó una idiotizada mirada en torno suyo contemplando a sus compañeros como si los viera por primera vez.

—¿Qué... ha pasado?

—Te querían pasar por la parrilla, Mark —rió acremente Bronson —. Y aún no comprendo cómo no lo consiguieron, muchacho. La verdad es que todos nosotros quedamos maravillados de lo lejos que fuiste teniendo el tubo lanzador en tu poder.

Richard Bancroft lo miró recriminando:

—No tienes necesidad de mostrarte sarcástico, Bronson. Mark hizo lo que creyó conveniente para el grupo.

—¿Y qué supone que harán esa gente, profesor? —inquirió duramente Tony—. Lo más seguro es que nos reserven una buena diversión, ya lo verá.

—Se han ido.

Todos se volvieron sorprendidos hacia Roy que acababa de hablar displicente. Tras unos instantes de silencio, preguntó Ronnie:

—¿Qué has dicho, Roy?

—Que los fulanos de arriba se largaron sin decir adiós. Si alguno lo duda que suba a echar un vistazo.

El profesor Bancroft lo miró fijamente.

—¿Cómo ocurrió exactamente, Roy?

— ¡Y yo qué sé! —farfulló repentinamente malhumorado el joven —. Sólo puedo decir que me giré rabiosamente a insultarlos y de pronto descubrí que no estaban.

—¿Desaparecieron súbitamente?

—No. Me estuvieron diciendo adiós con un pañuelo hasta que se perdieron en la lejanía, profesor.

Anne se aproximó a Roy y posando una mano en su antebrazo levantó la mirada pidiendo:

—Cálmate, Roy, por favor.

El joven le dedicó una sonrisa.

—Aunque parezca increíble me encuentro totalmente sereno, nena. Sólo ocurre que alguien está jugando con nosotros a su antojo. No existen motivos de alarma en absoluto. Veréis como todo se soluciona con un poco de paciencia.

Ronnie y Tony lo miraron sin saber sí su amigo hablaba en serio o lo hacía irónicamente. El segundo acabó preguntando:

—¿Crees eso de veras, Roy?

—Naturalmente, Tony —exclamó risueño Bronson—. —No me digas que tienes miedo, muchacho.

Mark Preston, ya repuesto, se pasó la mano por el rostro.

—¿Y qué me dices del salto que hemos dado hacia el futuro, Roy? Llegar al año 2314 ha sido demasiado.

—Esos tipos de las naves mentían como bellacos, Mark. Quisieron gastarnos una broma pesada.

Acto seguido se giró Bronson al profesor Bancroft inquiriendo duramente:

—¿Estoy en lo cierto, profesor?

Richard Bancroft no esperaba la pregunta directa del joven y

titubeó unos instantes.

—Bueno…, en realidad ignoro si estás hablando en serio, Roy. Tratas de bromear para infundirnos…

—¡Estoy hablando muy en serio, Bancroft! —lo cortó el joven haciendo un enérgico ademán—. Y nadie más apropiado que un científico para decirnos lo que sucede.

Bronson había dejado de pronto la entonación irónica con que había estado hablando todo el rato. Ahora sus pupilas fulguraban clavadas como dardos en el rostro de Bancroft.

El científico todavía no se decidió a hablar y tuvo que apremiarlo el joven sin abandonar el tono duro.

—¿A qué espera, profesor?

Bancroft compuso una mueca y encogió los hombros.

—No puedo decir lo que sucede, Roy.

—¿No puede o no quiere?

—Tómalo como quieras.

Bronson se adelantó intentando aferrar al profesor de la pechera, pero Tony y Anne se interpusieron a tiempo de evitarlo. La chica reprendió agresiva:

—¿No te has detenido a pensar que Bancroft corre la misma suerte que nosotros, Roy? Es absurdo que trates de culparlo a él.

—Es un científico, Anne —replicó Bronson—. Y son los que en todo momento han manejado al mundo como les ha venido en gana. Nuestro amigo Preston tiene razón. Un salto hacia el futuro de trescientos y pico de años es demasiado.

Ronnie meneó la cabeza mascullando:

—No creo que la solución sea pelearnos, Roy.

—¿Quién trata de pelear, Ronnie? Sólo pretendo que Bancroft nos dé una conferencia sobre presente y futuro.

Hubo un largo silencio y el profesor Richard Bancroft empezó a decir lentamente:

—Pasado, presente y futuro son una misma cosa, Roy. Existe una

rancia teoría sobre eso que ya ha sido esgrimida hasta la saciedad. Si te pones asomado a la esquina de una terraza y ves que dos autos avanzan a gran velocidad, uno al encuentro del otro, sabes que inevitablemente acabarán estrellándose. Tú estás viendo el pasado, el presente y el futuro de los conductores. En cambio ellos sólo ven el presente e ignoran lo que les reserva el futuro. Como puedes darte cuenta todo es una cuestión de ángulo, de situación, de perspectiva...

Bronson lo miró arrugado el ceño.

—¿Quiere dar a entender que el tiempo no existe?

—Lo que quiero decir es que el tiempo no puede medirse tal como nosotros lo hacemos, Roy. Cometemos un tremendo error al creer que realmente existe una medida para el tiempo.

—Siga, Bancroft.

—¿Quién puede asegurar que los terrestres contemporáneos somos los únicos que habitamos el planeta? ¿Cuántos enigmas quedan en la Tierra sin solucionar jamás?

Roy Bronson sonrió escéptico.

—¿Pretende que demos crédito a esa teoría para explicar los enigmas de la Tierra, Bancroft?

—Es tan válida como otra cualquiera.

—Vamos, profesor...

—Infinidad de veces se han producido misteriosas desapariciones en todo los puntos del planeta, Roy —lo cortó brillantes los ojos Bancroft—. Barcos, aviones, personas... han desaparecido sin dejar la menor huella. ¿Quién puede garantizar que no han pasado de una dimensión a otra dentro de un mismo tiempo?

Bronson se disponía a responder, pero en eso intervino Mark Preston, diciendo:

—Será mejor dejar a un lado las teorías y ocuparnos de un problema real, amigos. Echen un vistazo arriba.

Los seis levantaron la mirada y a pesar de que ya nada podía sorprenderlos se quedaron de muestra.

En lo alto del desnivel se encontraban no menos de quince hombres de aspecto simiesco con sus cuerpos apenas cubiertos por pieles. Seres

de la edad de piedra.

Todos ellos armados con lanzas provistas de afiladas piedras en las puntas.

Anne murmuró dificultosamente:

—Parecen... parecen trogloditas.

De pronto aquellos sujetos, como puestos de acuerdo sin necesidad de señal alguna, se lanzaron ladera abajo aullando como demonios.

CAPITULO VI

Roy Bronson observó un instante a los tipos que se les venían encima empuñando firmemente las primitivas armas. Eran barbudos, de abundantes y desordenadas cabelleras. Por la forma que tenían que saltar en tanto corrían ladera abajo, parecían verdaderos gorilas.

Sus gritos infernales resultaban incomprensibles.

Anne se estremeció horrorizada y Roy actuó con rapidez sujetándola de los hombros y llevándosela al amparo de una roca. Tan pronto lo hubo hecho se giró dando unos pasos y ya el primer enemigo se hallaba a su lado levantando la lanza.

Roy Bronson, como Cuarto Dan de karate que era, conocía a la perfección aquel arte marcial. Describió un veloz giro con su cuerpo y la pierna derecha se levantó por encima de su cabeza. El troglodita aulló de dolor al recibir al impacto del pie del joven en pleno rostro y rodó por tierra.

La lucha se había generalizado.

Mark Preston consiguió arrebatar la lanza al primer fulano que se le aproximó después de eludir por centímetros el golpe mortal. Ahora la utilizaba contra los restantes individuos girando sobre los talones y aplicando palos a diestro y siniestro.

Ronnie se las entendía con dos trogloditas y tenía problemas para quitárselos de encima. Finalmente pudo meter el puño derecho alcanzando a uno en el mentón.

Cuando el tipo salió catapultado como un obús a consecuencia del tremendo puñetazo recibido, Ronnie se sintió más a gusto con un solo enemigo enfrente. Alargó la diestra sujetándolo por la nuca y tirando de él con brusquedad agachó la cabeza estrellándosela en pleno rostro.

Ambos salieron despedidos hacia atrás.

El muchacho consiguió a duras penas mantenerse sentado en el suelo, a pesar de que todo daba vueltas a su alrededor. Pero el troglodita llevó la peor parte y cayó de espaldas con la frente abierta y manando sangre en abundancia.

Ronnie resolló jadeante:

—Qué cabeza tenía el maldito gorila, conchos.

En eso escuchó un grito a su izquierda.

—¡Échame una mano, Ronnie!

Este se giró y vio a su amigo Tony rodeado por tres contrarios que lo tenían acorralado sin posibilidad de escape. Sin pensarlo dos veces se incorporó arrojándose en zambullida sobre ellos.

El profesor Bancroft no pudo ofrecer la menor resistencia y a las primeras de cambio recibió un fuerte golpe en la sien que lo derribó privado del conocimiento al suelo.

Roy Bronson seguía describiendo giros y aplicando demoledores golpes con los pies. Los trogloditas salían rebotados de su lado yendo a detenerse a varias yardas de él.

Uno quiso rodear la roca para aproximarse a Anne que lo contemplaba todo con los ojos muy abiertos. Pero antes de que lograra su propósito lo sujeto Roy por los largos cabellos y le pegó con el canto de la mano en el cuello.

El fulano se revolcó por el suelo ahogándose.

Pegando un golpe de lanza lateral a uno de aquellos individuos, anunció a gritos Preston:

—Sigue atacando la infantería, Roy.

Bronson siguió la indicación del policía y observó que un numeroso amasijo de trogloditas acudían en ayuda de sus diezmados compañeros. Enviando a su último enemigo por tierra, respondió a Preston:

—La cosa se pone fea, Mark.

—Y que lo digas, chico. Me temo que nos vamos a quedar con las ganas de averiguar cuál de los dos hubiera ganado en nuestra pelea particular, Roy.

—Preocúpate ahora de los gorilas, Mark.

—¿Y qué supones que hago?

Entretanto, Ronnie Bern chocó violentamente contra las piernas de los fulanos que rodeaban a Tony y éstos salieron despedidos en todas direcciones. El grandullón empezó a gatear por el suelo y los fue cazando a zarpazos.

En el momento de acabar con el último levantó la mirada

mascullando:

—Podías haberme ayudado un poco, Tony. ¿O es que tú no perteneces a esta guerra?

Su amigo meneó la cabeza chasqueando la lengua.

—Estás perdiendo el tiempo, Ronnie.

—Eso me pasa por echarte una mano, conchos —resopló Bern poniéndose en pie—. La próxima vez que te veas en apuros...

—Mira a tu espalda, Ronnie, cariño.

El grandullón lo hizo y se quedó estupefacto contemplando a la legión de trogloditas que los atacaban. Apretó los maxilares y se dispuso a luchar denodadamente contra aquella hueste.

Tony Roeg dijo extrañamente burlón:

—Supongo que nos veremos en alguna parte, Ronnie.

—¡Muévete, diablos!

Roy ordenó a Anne antes de que acabaran de descender los nuevos atacantes:

—Aléjate de aquí, Anne. Trata de escapar lo más lejos posible.

—Sería inútil, Roy.

—¡Obedece, Anne!

—No, Roy —negó con firmeza ella—. De todas formas tengo que correr la misma suerte que vosotros.

Bronson no tuvo tiempo de seguir discutiendo porque ya se encontraba con un numeroso grupo de enemigos maniobrando a su alrededor de forma inteligente.

Adelantándose a ellos comenzó a girar vertiginosamente descargando una variada gama de golpes de karate. Tres o cuatro salieron despedidos a toda velocidad ante el asombro de sus compañeros.

El griterío era ensordecedor.

Repartiendo puñetazos a derecha e izquierda dejó escapar un furioso gruñido Ronnie:

—Malditos sean… Si no chillaran como comadrejas…

No pudo acabar la frase porque uno de los trogloditas situado a su espalda le golpeó la nuca esgrimiendo una rudimentaria hacha de piedra. Un golpe aplicado con la parte plana que lo dejó inconsciente.

Se derrumbó de bruces exhalando un ronco suspiro.

Y Tony lo siguió al reino de las tinieblas.

Menos corpulento que su amigo Ronnie, aunque un poco más alto, el pelirrojo de facciones aniñadas apenas si ofreció oposición a los energúmenos que lo atacaban.

Logró conectar un puntapié en la entrepierna de uno de ellos, pero a renglón seguido recibió un terrible testarazo en la espalda por parte de un salvaje.

Sintió que se le nublaba la visión y antes de darse cuenta de lo que ocurría perdió la noción de las cosas.

Mark Preston continuaba repartiendo escalofriantes golpazos utilizando la lanza a modo de mazo y dando vueltas sobre sí mismo sin detenerse ni un instante.

Afortunadamente para él la lanza resistía sin romperse.

Pero los enemigos resultaban cada vez más numerosos y supo que acabaría sucumbiendo lo mismo que sus compañeros. Siguió luchando con furia salvaje dispuesto a vender cara su derrota.

En un momento dado no pudo evitar que dos gorilas le saltaran a la espalda y lo sujetaran férreamente por los brazos.

Intentó sacudírselos de encima, pero recibió un fuerte golpe en la boca del estómago y unas profundas náuseas se apoderaron de él. Las piernas se negaron a sostenerlo.

Acabó desplomándose de rodillas y los golpes le llovieron desde todas partes.

Perdido el conocimiento quedó respirando entrecortadamente sobre la hierba del suelo.

Roy Bronson se había quedado solo frente a los trogloditas.

Estos procuraban no aproximarse demasiado a él por la extraña manera de luchar del joven. Se miraban los unos a los otros intercambiando guturales sonidos ininteligibles.

Los más osados eran rechazados por Roy de una contundente patada o un golpe de revés aplicado con el canto de la mano.

—¡Huye mientras puedas, Anne!

—Sería inútil, Roy.

—No podré contenerlos por mucho tiempo.

—Me alcanzarían en seguida —dijo la chica angustiada—. ¿No comprendes que nunca lograría escapar, Roy?

El joven sabía que aquello era cierto.

En lo alto del terraplén aparecieron más trogloditas.

Toda la resistencia del joven iba a resultar estéril y él lo sabía positivamente. No obstante prosiguió defendiéndose con increíble bravura poniendo el máximo ardor en sus acciones y sembrando de enemigos magullados su entorno.

De repente algo duro contactó contra su cráneo.

Miles de diminutas lucecitas estallaron delante de sus ojos y sintió un súbito sabor a sangre en la boca. Una nube algodonosa enturbió su visión y las piernas le flaquearon.

Aún sintió varios golpes antes de derrumbarse.

La última sensación que tuvo antes de hundirse en un profundo pozo de impenetrables tinieblas, fue que tenía la boca llena de tierra.

Luego…, nada.

CAPITULO VII

El sol, turbio y grisáceo al principio, hirió las pupilas de Bronson cuando éste levantó la cabeza abriendo los ojos. Tuvo que cerrar de inmediato los párpados protegiéndose de la luz que lo hizo lagrimear a pesar de ello.

Luego, poco a poco, fue habituando su sistema óptico a la intensa luz procedente del sol que había dejado de ser grisáceo para convertirse en fulgurante, abrasador...

—¿Te encuentras bien, Roy?

Era la voz suave de Anne que sonó a su derecha.

Despacio, sintiendo que cientos de alfileres se clavaban en sus músculos, se giró mirándola. Vio que la chica se hallaba con las manos atadas a la espalda, rodeando con sus brazos un grueso tronco clavado en el suelo.

Y él estaba en las mismas condiciones.

Movió la lengua y al principio tuvo trabajo para reconocer su propia voz:

—¿Te... hicieron algún daño los gorilas, Anne?

—No... Somos como bichos raros para ellos. Nos han traído a su poblado y parece ser que los jefes de la tribu se encuentran reunidos tratando lo que deben hacer con nosotros. Se limitaron a sujetarme las manos a la espalda y empujarme para que caminase. No me golpearon en absoluto en ningún momento.

Bronson paseó la mirada en derredor.

Sujetos a troncos clavados en la dura tierra se hallaban también sus restantes compañeros del alucinante viaje a través del tiempo. Formaban un círculo de unos cinco metros de circunferencia, en una explanada situada frente a una pared rocosa en la que se abrían muchos agujeros con escaleras de cuerdas colgando al exterior.

Eran las entradas a las cuevas que habitaban aquellos salvajes.

Ronnie y Mark, habían recuperado ya el conocimiento y lo estaban observando en silencio. El profesor Bancroft y Tony, seguían inconscientes, caídas las cabezas desmadejadamente sobre el pecho. El

científico daba la impresión de no encontrarse en muy buen estado.

En torno a ellos se movían algunos de aquellos individuos apenas cubiertos sus cuerpos por trozos de pieles. Iban armados de primitivas armas de piedra y los contemplaban hostilmente. Los largos brazos, las arqueadas y cortas piernas, y el torso de cada uno de ellos, aparecían llenos de abundante vellosidad.

Se detenían unos segundos delante de los prisioneros y tras contemplar, preferentemente a Anne y Bronson, continuaban moviéndose a su alrededor vigilantes.

Mark Preston torció los labios emitiendo una risita.

—Los tienes impresionados, Roy.

—¿A qué te refieres, Mark?

—Ha debido de ser tu forma de luchar —comentó Preston—. Seguro que esta gente no tiene ni idea de lo que es karate. La verdad es que también me impresionaste a mí, chico.

Ronnie terció, inquiriendo:

—¿Qué suponéis que harán con nosotros?

Fue Bronson el que le contestó:

—A lo mejor se deciden por hacer un buen estofado, Ronnie.

El grandullón tragó saliva sintiendo reseca la boca.

—¿Crees que nos comerán, Roy?

Anne sacudió la cabeza negando:

—Ningún tratado de Historia habla de que los trogloditas fueran caníbales, Ronnie. Algunos clanes prehistóricos parece que sí lo eran. En general vivían de la caza de animales. Creo que ahora podremos salir de dudas…

Roy insistió, burlón:

—¿Y cómo crees que catalogarán a seis personas del siglo XX, Anne?

—No seas bestia, Roy. Ronnie se está tomando en serio tus palabras.

—Naturalmente que me las tomo en serio —aseguró el grandullón

—. No admito bromas cuando lo que está en juego es mi piel.

Bronson chasqueó la lengua.

—Cuando una situación llega a un punto tan incongruente como éste en que nos encontramos, es preferible tomárselo a broma, Ronnie. Hazme caso, muchacho.

El grandullón lo miró perplejo.

—¿Cómo diablos puedes decir eso, Roy? ¿Acaso no te das cuenta del peligro que corremos?

—He calibrado perfectamente el peligro, Ronnie —respondió Roy un poco más serio—. Pero manteniéndonos serenos es muy posible que en cualquier instante podamos ver la fisura en el problema y hallar la forma de solventarlo. En cambio no ganaremos nada si nos ponemos patéticos.

Preston intervino diciendo:

—Por fuerza tengo que admirar tu sangre fría, Roy. Te confieso que a mí me ocurre algo parecido a Ronnie.

—Pues haces mal preocupándote, Mark. Lo que tenga que pasar pasará y no podremos evitarlo. Lo que yo tengo no es sangre fría, sino resignación ante lo inevitable.

Anne Meredith ladeó la cabeza mirándolo recriminativa.

—No debes darte por vencido tan pronto, Roy.

—¿Darme por vencido...? —rió sarcástico el joven torciendo los labios—. ¿Por quién, cuándo y cómo, Anne? Lo que nos está sucediendo no tiene pies ni cabeza. Lo único que sabemos cierto es que estábamos en el Gila en julio de 1983. A partir de ahí todo cuanto ha ocurrido es completamente absurdo y por mucho que pensemos jamás daremos con la solución. Puede que nos encontremos en estado hipnótico y tanto nuestros descendientes del año 2314, como estos bestias de ahora, sólo estén en nuestras mentes. Si alguien se divierte con nosotros es mejor dejarlo hasta que se canse.

Hubo un breve silencio y añadió Bronson:

—No obstante, si alguno de vosotros encuentra una vía de escape que sea factible..., puede contar con mi total colaboración.

Un nuevo y más largo silencio se cernió sobre ellos.

Tony Roeg comenzó a dar señales de vida resollando entrecortadamente y Ronnie que estaba a su lado, aconsejó:

—Tómalo con calma, Tony. Todos estamos atados a palos clavados en el suelo, y no existe posibilidad de escapar por ahora. Procura despejarte lentamente, chico.

Después de largos segundos levantó Tony la cabeza y preguntó mirándolos:

—¿Qué ha… pasado?

Roy volvió a mostrarse irónico una vez más:

—Los malditos simios nos han invitado a tomar el sol, Tony. Apoya la espalda en el tronco sin dejarte caer y estarás más cómodo. Esos salvajes están deliberando sobre lo que tienen que hacer con nosotros.

Ronnie Bern se apresuró a informar:

—Puedes estar tranquilo, Tony. Anne asegura que los trogloditas no eran caníbales… por lo menos una parte de ellos…

Roy reprochó al grandullón:

—No lo asustes, ¡caray!

—Pero si yo…

—No hagas caso a Ronnie, Tony —siguió diciendo Roy—. Tiene el miedo metido en el cuerpo y no sabe lo que dice.

Mark Preston carraspeó.

—No tendremos que esperar mucho para saber lo que han decidido hacer con nosotros, Roy.

Bronson siguió la mirada del policía y observó que un nutrido grupo de salvajes se dirigían hacia ellos. Al frente de los trogloditas venían dos fulanos de horrible aspecto que al parecer eran los jefes de la tribu.

Entraron dentro del círculo de troncos mientras el resto se quedaban rodeándolos.

Uno de los dos fulanos los miró a todos detenidamente y acabó encarándose a Preston. Estuvo unos instantes con las pupilas clavadas en sus ojos y a continuación emitió unos sonidos guturales.

Roy Bronson solicitó risueño:

—Traduce, Mark.

El policía apretó los dientes.

—Vete al cuerno, Roy.

Al borde del histerismo, exclamó Anne:

— ¡Por Dios, Roy…,! ¿Cómo puedes portarte así en un momento como éste?

El joven prefirió no responder porque se dio cuenta de que la chica se hallaba casi al límite de su resistencia. Seguir hablando sería contraproducente para ella.

El que parecía jefe de los salvajes los estuvo mirando mientras hablaron escrutándoles el rostro con mucha atención. Luego se dirigió a sus hombres y gritó guturalmente.

Varios trogloditas penetraron en el círculo y esperaron la decisión del jefe.

Como si se tratara de un ritual, el fulano extendió el brazo y fue señalándolos con el índice. Finalmente se detuvo apuntando con el dedo a Tony, que pestañeó extrañado.

Bronson crispó los maxilares sintiendo que una sorda rabia se apoderaba de él. Presentía la tragedia que estaba a punto de ocurrir. Sus bromas anteriores y su aparente frialdad, no eran más que una fachada para evitar el pánico entre sus compañeros.

Los trogloditas que habían penetrado en el círculo se aproximaron al pelirrojo y comenzaron a desatarlo. Tony se hallaba alelado. No intentó siquiera debatirse cuando lo soltaron del tronco y sus manos estuvieron un corto espacio de tiempo libres, hasta que fueron atadas nuevamente a su espalda.

Roy vio su semblante intensamente pálido. Tenso, enronquecida la voz, animó:

—Valor, Tony.

Ronnie, Mark y Anne, permanecieron silenciosos, demasiado impresionados para poder pronunciar palabra alguna.

Los salvajes abandonaron el círculo llevándose a Tony en dirección a unas rocas planas que se hallaban al pie de la pared rocosa donde se

abrían las entradas a las cuevas.

Entre tres de ellos lo subieron a una de las lisas superficies graníticas y allí lo obligaron a postrarse de rodillas sin contemplaciones. Uno de los trogloditas aferró a Tony por los cabellos y lo hizo presentar la nuca tirando de él hacia adelante.

Bronson atirantó los músculos faciales lívido el rostro.

Dio gracias al cielo por la posición que ocupaba Anne de espalda a la escena. Su postura no le permitiría ver lo que iba a suceder dentro de unos segundos.

Ronnie se mordía el labio inferior hasta hacerse sangre. Mark Preston contemplaba cuanto ocurría con los ojos desmesuradamente abiertos. El profesor Bancroft continuaba sin conocimiento.

De repente rasgó el aire un grito enloquecido de Tony:

—¡Por Dios…! ¡No me dejéis morir, amigos!

Un troglodita levantó una enorme hacha de afilada piedra por encima de su cabeza y la mantuvo en alto unos instantes.

Tony sollozaba implorando piedad.

Roy cerró los ojos y por sus mejillas rodaron dos gruesas lágrimas. No quiso ver cómo el salvaje descargaba el golpe mortal.

CAPITULO VIII

Aquello parecía un sueño.

Un sueño monstruoso que los estaba conduciendo a un estado colectivo de demencia. Nada tenía el menor sentido, ni podía existir una explicación con un mínimo de lógica.

Sin que ninguno de los componentes del grupo pudiera decir cómo, los trogloditas habían desaparecido. Fue algo parecido a... un gigantesco y alucinante truco de magia. Un mago diabólico jugaba con ellos anulando sus sentidos.

Ahora se encontraban en un verde prado cubierto de corta hierba y a lo lejos se divisaba una lujuriosa vegetación cubriendo las laderas de una montaña cercana.

Se hallaban tendidos sobre la hierba completamente libres, sin ligaduras en sus cuerpos que los retuvieran a parte alguna. También los maderos clavados en el suelo habían desaparecido.

Era otra escena y otro paisaje.

Roy Bronson fue el primero en reaccionar y torciendo los labios en acida mueca, barbotó:

—Me parece que hemos pegado otro salto.

Anne se encontraba tendida a su lado y se incorporó el joven ayudándola a levantarse. La chica lo miró bastante perpleja.

—¿Dónde... dónde crees que estamos, Roy?

Bronson encogió los hombros sardónico.

—No me extrañaría en absoluto si viera surgir de esa hondonada a Ricardo Corazón de León, encanto.

En aquel instante llamó Ronnie:

—¡Eh, Roy...!

Bronson se giró a él.

—No vayas a cometer la tontería de preguntar lo que ha pasada, Ronnie.

—Tony ha desaparecido.

Roy Bronson arrugó el ceño y miró en torno.

Vio al profesor Bancroft sentado sobre la hierba sujetándose la cabeza con las manos. A unos diez metros de distancia se incorporaba Mark Preston y después de mirar estúpidamente a su alrededor inició el aproximamiento a ellos.

Pero no había ni el menor rastro de Tony Roeg.

Bronson recordó los acontecimientos acaecidos en los últimos momentos que estuvieron prisioneros de los trogloditas y no pudo evitar un profundo estremecimiento de horror. Aún podía recordar el grito desgarrado de su amigo y luego… el horrible chasquido que resonó en su mente al ser decapitado Tony.

Lentamente se fue volviendo al profesor.

Lo estuvo mirando duramente unos instantes y a continuación invitó heladamente:

—Póngase en pie, Bancroft.

El científico dejó de sujetarse la cabeza con las manos y levantó la mirada al joven.

—¿Qué sucede, Roy?

Inexpresivo el semblante, replicó Roy Bronson:

—Eso es lo que me tiene usted que explicar, profesor. Quiero saber ahora mismo el paradero de Tony.

—¿Ha desaparecido?

—No se haga el tonto porque nos ha escuchado comentarlo, Bancroft.

El científico observó que todas las miradas se hallaban pendientes de él. Pero eran los ojos inusitadamente duros de Roy Bronson los que llenaban de desasosiego todo su ser.

Se pasó la punta de la lengua por los labios resecos.

—Ignoro lo que…

—¡No siga diciendo lo mismo, Bancroft! —lo cortó Bronson soltando un rugido de rabia—. No voy a permitirle salir con evasivas,

¿me entiende? Lo único que debe decirme es dónde está mi amigo Tony.

Richard Bancroft lo miró angustiado.

—Juro que no lo…

Roy sintió que la sangre hervía en sus venas y en súbito arrebato de cólera fue a inclinarse sobre él con intención de aferrarlo por el cuello. Pero Anne Meredith se movió con rapidez logrando interponerse entre los dos.

Puso las manos planas en el pecho de Bronson y conteniéndolo suplicó vehemente:

—Roy, por favor…

Crispados los puños, pidió el joven:

—Déjame sacarle a ese tipo todo lo que sabe, Anne.

—Nada conseguiremos peleando, Roy —objetó la chica—. El profesor es una persona mayor y no debes olvidarlo.

Bronson apartó las manos de Anne sin brusquedad y mirándola fijamente al fondo de los ojos, preguntó conteniendo la indignación que lo dominaba:

—¿No comprendes que Bancroft es el único de nosotros que puede dar una explicación de lo que está pasando, Anne? ¿Qué nos importa a nosotros que tenga canas en la cabeza?

Mark Preston dio un paso al frente.

—Estoy de acuerdo con Roy, Anne. Si alguno del grupo sabe lo que ocurre, ése es el profesor.

Ronnie también movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Opino lo mismo que Roy y Mark.

Anne paseó la mirada por los tres jóvenes y permaneció unos segundos silenciosa. Se adivinaba por la expresión de su rostro que dentro de ella se estaba librando una batalla entre su consideración al profesor Bancroft y los razonamientos expuestos por Roy.

Cuando se disponía a hablar, se le adelantó el científico:

—Tony puede hallarse por los alrededores, Roy.

Bronson se lo quedó mirando.

—¿Qué motivos tiene para pensar eso, Bancroft?

Otra vez intervino Anne en defensa del profesor y solicitó a los tres jóvenes:

—¿Qué pueden importar los motivos ahora, Roy? Es preferible que los tres os pongáis a buscarlo en seguida. Todos nos sentiremos mucho mejor si aparece Tony.

Roy, Mark y Ronnie, cambiaron una mirada y finalmente acabó accediendo el primero:

—De acuerdo —haciendo un ademán a sus dos compañeros, agregó —: Cada uno de nosotros buscará en una dirección.

Los tres jóvenes estuvieron más de veinte minutos buscando a Tony por los alrededores. Cada uno lo hizo por un sector y al finalizar la búsqueda habían cubierto un perímetro bastante extenso.

Sin resultados positivos.

Al regresar junto a la muchacha y al profesor se advertía en sus rostros una expresión desalentadora. Particularmente en los de Ronnie Bern y Mark Preston.

Roy se enfrentó al profesor decididamente.

—Tony ha desaparecido, Bancroft —repitió tenso—. ¿Piensa darnos una explicación por las buenas o tendré que emplear métodos desagradables? Póngase en pie de una vez.

Richard Bancroft obedeció la orden de Bronson. La entonación empleada por éste no ofrecía dudas de que estaba decidido a todo con tal de aclarar el enigma.

Durante largos instantes reinó un profundo silencio y lo rompió el propio Bronson apremiando:

—Estamos esperando sus palabras, Bancroft.

—Escuche, Roy…

El joven alargó la diestra y lo sujetó con fuerza de la pechera silabeando:

—Sin rodeos, Bancroft.

Anne se disponía a intervenir nuevamente en defensa del científico, pero la retuvo Preston sujetándola por los codos al tiempo que le decía quedamente:

—Es mejor que dejes actuar a Roy, muchacha.

Anne titubeó unos segundos. Luego permaneció quieta entre Mark y Ronnie, contemplando a Roy y Bancroft.

El científico tragó saliva y después de unos instantes, dijo:

—Voy a decirles todo lo que sé.

Roy Bronson lo soltó invitando secamente:

—Adelante, profesor.

CAPITULO IX

Richard Bancroft se pasó la diestra por los blancos cabellos y volvió a dejarse caer sobre la hierba quedando sentado en ella. Parecía poner en orden sus ideas antes de comenzar sus explicaciones.

Bronson comenzó a dar muestras de impaciencia.

—Venga, Bancroft.

El científico, aún paseó una mirada llena de inquietud por los rostros de los cuatro jóvenes antes de empezar a decir despacio:

—Supongo que en alguna ocasión habéis escuchado hablar de una "máquina del tiempo". Ese es el nombre vulgar que siempre se le ha dado a lo que hoy es una emisora-receptora de moléculas por sistema de puntos —observó la mueca escéptica en los labios de Bronson y se apresuró a seguir hablando—: Comprendo que para vosotros todo cuanto voy a explicar sonará a pura fantasía. No obstante podría jurar sobre la Biblia que es absolutamente cierto.

Roy Bronson dio una lenta cabezada.

—Siga, Bancroft.

—Tres científicos, el difunto profesor Collinson, el físico Walter Sutherland, y yo, hemos construido una de esas "máquinas del tiempo" de las que tanto han abusado los escritores en las dos últimas décadas. Aunque os explicara la base científica en la que nos basamos para construirla, no llegaríais a entenderla. Debéis creerme si os digo que dicha emisora-receptora de moléculas existe. Con ella sé puede viajar a través del tiempo como ha quedado demostrado.

Anne Meredith aprovechó la pausa de Bancroft para decir:

—Me gustaría que respondiese a una pregunta, profesor.

—Adelante, Anne.

La muchacha vaciló brevemente.

—¿Cuándo habla de tiempo lo divide usted en pasado, presente y futuro, profesor Bancroft?

El científico esbozó una tenue sonrisa.

—Tu pregunta es muy inteligente, Anne —hizo una corta pausa y

agregó—: El tiempo es indivisible y por lo tanto no existen esos tres períodos de pasado, presente y futuro. Ya dije que cometemos un tremendo error al creer que pueda existir una medida para el tiempo tal como lo entiende la gente. Nuestra máquina está basada en esa teoría y nos ha dado la razón.

Hubo un largo silencio y se pasó Bronson la palma de la mano por el mentón.

—Supongamos que todo eso es cierto, Bancroft.

Las pupilas del científico destellaron.

—No lo dudes, Roy.

—De acuerdo, voy a dar crédito a su fantasía. ¿Quiere explicarme por qué nos hemos visto involucrados en el asunto? Que yo sepa ninguno de nosotros pidió un puesto en esta aventura.

—Todo ha sido fruto de la casualidad, Roy.

Explíquese.

—Sutherland, Collinson y yo, quisimos probar nuestra "máquina del tiempo" en nosotros mismos. Lo echamos a suerte y le tocó al profesor Sutherland quedarse junto a los controles de ella. Collinson y yo decidimos partir de un solitario lugar del Gila con objeto de no arrastrar a otras personas con nosotros. Fijamos el punto y la hora exacta con el profesor Sutherland, en que debía llevarse a cabo la proyección de nuestros cuerpos. La fatalidad quiso que Collinson quedara herido mortalmente en el accidente que sufrimos. Ustedes llegaron junto a nosotros en el momento exacto en que Sutherland puso la máquina en funcionamiento y nada pudo evitar que salieran del ficticio año 1983, en nuestra compañía.

—Querrá decir en su compañía, Bancroft. En cuanto a Collinson...

—La materia de Arthur Collinson también fue proyectada a lo que llamamos futuro y ésa fue su perdición. Cuando acabó la proyección la materia de Arthur se hallaba totalmente descompuesta. De haber sido proyectado a lo que llamaremos pasado, Collinson aún conservaría la vida puesto que no habría llegado todavía al accidente que sufrió. Todo esto lo he podido deducir de los hechos ocurridos posteriormente. Como prueba de cuanto digo tenemos el caso de Mark. Murió abrasado por las llamas y, sin embargo, apareció completamente ileso al retroceder en el tiempo. Y conste que estoy hablando en términos convencionales de pasado, presente y futuro,

para que os resultase más fácil entenderme.

Roy Bronson levantó súbitamente la mano derecha reclamando silencio. Después de unos instantes, dijo tenso:

—Al escapar de los trogloditas es muy posible que hayamos avanzado en el tiempo, ¿verdad, profesor?

Bancroft lo miró fijamente a los ojos.

—Casi seguro, Roy.

—Eso significa que Tony…

Bronson dejó la frase colgando en el aire, pero todos comprendieron lo que estaba dando a entender. No obstante, movió la cabeza en sentido afirmativo Bancroft.

—La materia con que estaba formado el cuerpo de Tony se ha desintegrado —inclinando la cabeza, añadió—: Creo… que jamás volveremos a ver con vida a Tony. Ni siquiera podremos ver su materia…

Bruscamente se inclinó Bronson y lo aferró por el cuello levantándolo con suma facilidad. Prietos todos los músculos del rostro silabeó colérico:

—No hable de Tony como si se tratara de un objeto, Bancroft. No vuelva a hacerlo si no quiere que le rompa todos los huesos del cuerpo, maldito científico.

Richard Bancroft conservó esta vez toda su sangre fría a pesar de la intensa palidez de su semblante.

—Déjame, Roy —pidió con firmeza—. ¿Supones acaso que no me encuentro tan afligido como vosotros?

Después de unos momentos de tensión lo soltó Bronson y se giró dándole la espalda.

Mark Preston contemplaba asombrado a Bancroft y carraspeó interviniendo:

—¿Por qué nos lo ha ocultado hasta ahora, profesor?

Masajeándose el dolorido cuello por la férrea presión a que estuvo sometido entre las manos de Roy, respondió el científico:

—Collinson y yo dimos a Sutherland, nuestra palabra de honor que

no hablaríamos en ningún caso del experimento. De existir en alguna parte otra "máquina del tiempo" podríamos sufrir consecuencias incalculables al ser interferida la onda de mis explicaciones. Los circuitos de esas máquinas poseen una potencia ultrasensorial de ilimitado alcance para captar la materia orgánica y todo lo que de ella se deriva, como la voz, por ejemplo.

Mark abrió mucho los ojos.

—¿Quiere decir que ahora estaremos más en peligro, profesor?

—En efecto, Mark. Aunque la posibilidad de que exista otra "máquina del tiempo" es muy remota, correremos mayor peligro si han podido captar mis palabras explicando el experimento que estamos llevando a cabo. Si eso ha llegado a suceder, incluso existe la posibilidad de que las moléculas que forman nuestros cuerpos... lleguen a mezclarse en la siguiente proyección.

Anne, Mark, Ronnie y Bronson, boquearon estupefactos. Finalmente articuló la chica:

—Eso podría dar lugar a...

—Exactamente lo que estás pensando, Anne —afirmó Bancroft—. Llegaríamos a otra época convertidos en monstruos horribles. Puede que hasta formando un solo cuerpo con increíbles deformidades conteniendo dentro de él los cinco cerebros...

Ronnie no pudo seguir escuchando y aulló:

—¡Cállese ya, asqueroso científico! El mundo podría pasar perfectamente sin ustedes los científicos. Todos tendrían que estar colgados de una viga...

Bronson puso la diestra en el antebrazo de su amigo.

—Cálmate, Ronnie. Te aseguro que nada vamos a conseguir si nos ponemos histéricos.

Dando un par de pasos hacia Bancroft, preguntó gravemente:

—¿Se da cuenta del lío en que nos han metido, profesor?

—Me doy perfecta cuenta y puedes creerme que lo siento, Roy.

Anne también avanzó hacia Bancroft.

—Hay algo que no entiendo, profesor.

—¿Qué es, Anne?

—Si el profesor Sutherland está manejando los controles de esa máquina..., ¿cómo no nos ha llevado ya al año de partida? Los saltos tremendos que hemos dado en el tiempo parecen indicar que ese hombre se está divirtiendo a costa nuestra.

El profesor sacudió la cabeza negando.

—Nada más lejos de la realidad, Anne. Lo que sucede es que la máquina dista mucho de estar perfeccionada. De ahí que Collinson y yo eligiéramos un punto de partida lejos de toda civilización.

Bronson rió sardónico.

—Y nosotros fuimos tan estúpidos de meternos de patitas en el proyecto de unos locos.

Mark Preston levantó los hombros resignado:

—Fue la fatalidad, Roy.

Bancroft no prestó atención al comentario de ambos jóvenes y continuó explicando a Anne:

—Al parecer Sutherland tiene dificultades para fijar épocas. El menor desplazamiento de los controles produce esos enormes saltos en el tiempo. Eso le obligará a efectuar el movimiento de los controles con desesperante lentitud y llevar a cabo las correcciones necesarias sobre la marcha. Seguro que Sutherland debe hallarse investigando la manera de reintegramos al año 1983.

Hizo una pequeña pausa y ante el silencio de los otros, agregó:

—Creo que... puede conseguirlo.

Ronnie Bern no ocultó su miedo al preguntar:

—¿Sólo lo cree?

—Estoy seguro de que lo conseguirá, Ronnie —forzó una leve sonrisa Bancroft—. Lo único que debemos hacer es tener un poco de paciencia. Verás como todo acaba bien.

Preston movió la cabeza mascullando:

—Amén.

Como hablando consigo mismo, siguió diciendo en voz baja el

profesor Bancroft:

—De haber conseguido una mayor precisión en los circuitos proyectores de materia…

Roy Bronson torció los labios en acida mueca.

—¿De qué sirve lamentarse, Bancroft?

El científico levantó la cabeza mirándolo y se disponía a decir algo, pero el joven levantó la diestra reclamando silencio.

En aquel instante escucharon algo que los dejó atónitos.

CAPITULO X

Bronson y Preston cambiaron una mirada de asombro.

Ya no habían dudas de que era cierto lo que estaban escuchando.

Hasta ellos, tendidos de bruces tras unos matorrales situados junto a un sendero que discurría no lejos de allí, llegaba con nitidez una alegre cancioncilla. Parecía entonada por voces infantiles, melodiosas y bien timbradas.

—¿Dónde crees que estamos, Roy?

—Vete a saber —farfulló quedo Bronson—. Pero por ese camino no parece que vengan trogloditas.

Hablando también en tono quedo, siguió preguntando Mark:

—¿Qué hacemos, Roy?

—Salir de aquí en cuanto lleguen a nuestra altura —replicó sin titubeos Bronson—. Es la mejor manera de averiguar dónde nos encontramos.

—De acuerdo.

Los intérpretes de la alegre cancioncilla se aproximaban confiados al lugar donde se ocultaban los dos amigos.

De pronto, cuando Bronson calculó que se hallaban frente a los matorrales, saltó en pie y seguido de cerca por Preston se plantaron en el centro del sendero.

Y ambos amigos parpadearon todavía más perplejos.

La canción había cesado bruscamente y delante de ellos tenían a una muchacha no mayor de dieciocho años, acompañada de un niño que estaría por los doce a lo sumo.

Bronson se percató que los rasgos faciales de aquellas dos criaturas eran orientales. También la vestimenta que llevaban encima correspondía a la forma de vestir de algún país oriental. Los ojos ligeramente rasgados de la chica y el niño estaban llenos de infinito asombro por la súbita aparición de ellos.

Durante varios segundos permanecieron silenciosos, mirándolos entre atónitos y temerosos.

Finalmente extendió Roy la mano en amistoso ademán.

—No debéis temer nada de nosotros —empezó a decir tratando de resultar persuasivo—. Ignoro si podéis entender lo que digo, pero nada temáis porque nos os causaremos el menor daño.

La chica y el niño cambiaron una breve mirada.

Bronson siguió diciendo mientras sonreía amigablemente:

—Nos hemos perdido, ¿sabéis? Ahora nos gustaría saber en qué lugar nos encontramos para seguir nuestro camino. Por cierto… la canción que cantabais era preciosa.

Una nueva mirada entre la chica y el niño. Acto seguido respingó Roy al escuchar que la muchacha decía en un inglés bastante aceptable:

—Muchas gracias, señor.

Después de unos instantes, inquirió Roy:

—¿Entiendes mi forma de hablar?

La chica emitió una risita ya más confiada.

—Malik estuvo viviendo unos años en Estados Unidos y sabe hablar un poco tu idioma.

—¿Tú eres Malik?

La chica movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Este es mi hermano Minoru y yo soy Malik.

—Mi nombre es Roy Bronson, Malik —sonrió infundiéndole confianza el joven—. Siento de veras que os hayáis asustado por aparecer tan bruscamente ante vosotros.

—Fue una sorpresa y ya ha pasado. ¿Sois americanos?

—En efecto.

—Mi hermano y yo no esperábamos encontrarnos con americanos dadas las circunstancias.

Bronson arqueó las cejas.

Hubo un silencio y Roy intercambió una mirada con Preston. Luego preguntó a la chica:

—¿Qué circunstancias, Malik?

—Mi país y el tuyo están en guerra.

—¿Cuál es tu país, Malik?

Ella pareció extrañarse mucho. Su carita de muñeca de porcelana reflejó un profundo asombro.

—¿Estáis aquí y no lo sabéis?

Bronson se pasó la mano por la nuca.

—Verás, Malik... sería muy complicado explicarte nuestra presencia y temo que te costaría dar crédito a mis palabras.

La muchacha aún los miró un poco antes de decir:

—Mi país es Japón, Roy.

Bronson volvió a cambiar una mirada con Preston que se hallaba perplejo. Iba a seguir hablando con la japonesita cuando se apartaron unos matorrales y avanzaron en dirección a ellos los restantes componentes del grupo.

Los dos hermanos retrocedieron un paso alarmados y se apresuró a decir Roy:

—No temáis nada, Malik. También son amigos nuestros y no os causarán el menor daño.

El niño continuaba con los ojos puestos en los matorrales próximos al camino y sonrió Bronson aclarando:

—No hay más personas escondidas en la vegetación, Minoru.

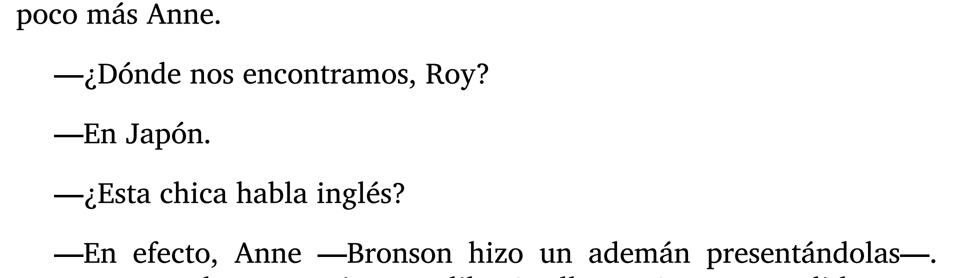
El chico se aproximó a su hermana a pesar de las palabras de Bronson y ésta le pasó un brazo por los hombros en ademán protector. Luego de posar una fugaz mirada en Anne, indagó la japonesa:

—¿Qué estáis haciendo en Japón, Roy?

—Ya te he dicho que no lo comprenderías, Malik —replicó en tono suave el joven—. De veras que siento no poder darte una explicación coherente.

—Aquí estáis corriendo un grave peligro.

Anne, Ronnie y Bancroft, llegaron junto a ellos y se quedaron en silencio contemplando a los dos hermanos. Finalmente se adelantó un



poco más Anne.

—¿Dónde nos encontramos, Roy?

—En Japón.

—¿Esta chica habla inglés?

—En efecto, Anne —Bronson hizo un ademán presentándolas—. Esta es una buena amiga, Malik. Se llama Anne Meredith. Esta muchacha es Malik y la acompaña su hermano Minoru.

Anne dedicó una abierta sonrisa a la japonesa.

—Me alegra conocerte, Malik.

La japonesita se la quedó mirando fijamente a los ojos y luego inclinó la cabeza musitando apenada:

—Siento mucho que los norteamericanos no puedan ser bien acogidos en mi país.

Anne ladeó la vista a Bronson.

—¿Qué ocurre, Roy?

—Al parecer se encuentran en guerra Japón y Estados Unidos, Anne. Salimos de la sartén para caer al fuego.

Anne arqueó las cejas.

—Entonces significa que...

Roy levantó la derecha conteniéndola con un ademán.

—No te precipites, Anne.

Pero en aquel instante inquirió Bancroft:

—¿En qué época estamos, Roy?

El joven lo fulminó con la mirada al percatarse del asombro que reflejó el rostro de Malik. Fulgurantes las pupilas replicó con áspera entonación:

—Cada cosa a su tiempo, profesor. Nos hará un enorme favor si se limita a guardar silencio.

Acto seguido se giró a la japonesa y descubrió un destello de desconfianza en su mirada. Resultaba lógico ya que la chica era

inteligente y no le pasó desapercibida la pregunta de Bancroft.

Llenando de aire los pulmones fue diciendo pausadamente Roy:

—Voy a insistir una vez más que resulta extremadamente difícil explicar nuestra presencia aquí, Malik. Debes creerme si te digo que no pensamos haceros el menor daño. También quiero que sepas que no tenemos relación alguna con la guerra que se está librando entre tu país y el mío. Te aseguro que somos gente de paz.

Al concluir de hablar Bronson se estableció un largo silencio.

Lo rompió súbitamente la japonesita esbozando una sonrisa mientras decía sin apartar los ojos del joven:

—Te creo, Roy.

Bronson dio una cabezada de satisfacción.

—Buena chica.

—Pero si vienen los soldados no os creerán, Roy.

—¿Es frecuente que pasen por aquí, Malik?

—A veces lo hacen cuando van a la ciudad.

—¿Hay… una ciudad cerca de aquí, Malik?

Ronnie intervino entonces informando:

—Yo diría que se encuentra a unos tres o cuatro kilómetros, Roy. Parece una ciudad importante a juzgar por el resplandor de su iluminación. No la hemos descubierto con anterioridad debido a la luz diurna.

Bronson miró en la dirección que indicaba Ronnie y pensó que su amigo tenía razón. Al mismo tiempo se percató de que las primeras sombras de la noche caían sobre aquel lugar.

Mientras estuvo hablando con Malik y su hermano el sol se había ido ocultando en el horizonte.

La japonesa informó con cierto énfasis en la voz:

—Hiroshima es una gran ciudad.

Roy y sus compañeros no pudieron evitar un leve sobresalto.

Todos sabían el año aproximado en que se encontraban gracias a

las explicaciones de Malik. Sin embargo ninguno de ellos se atrevía a solicitar de la japonesa la fecha exacta.

Finalmente fue Mark Preston el que se aproximó a la chica y alargando la diestra acarició suavemente sus oscuros cabellos. Malik hizo un incipiente ademán de retroceder, pero se sintió envuelta en la cálida mirada de Mark y no se movió del sitio.

Lo miró con los ojos agrandados.

Y Mark Preston se mostró inusitadamente afectuoso al ir diciendo:

—Tenemos un gran problema y necesitamos vuestra ayuda, Malik. Hemos permanecido mucho tiempo perdidos y ni siquiera sabemos la fecha en que nos encontramos.

Ella seguía mirándolo con los ojos muy abiertos.

Sin cambiar la suave entonación de su voz, continuó Mark:

—Comprendemos que te resulte muy extraño, Malik. Como ha dicho mi amigo Roy sería incomprensible para vosotros aunque nos esforzáramos en explicarlo. ¿Quieres... decirnos qué día es hoy, pequeña?

La japonesa tardó largos segundo en contestar.

Más tarde lo hizo con un hilo de voz:

—Cinco de agosto, Mark.

—¿De qué año, Malik?

—De 1945.

¡Cinco de agosto de 1945!

Los componentes del grupo sufrieron un profundo estremecimiento.

Se hallaban justamente en la víspera del estallido de la primera bomba atómica.

CAPITULO XI

Todos permanecieron silenciosos.

Mirándose los unos a los otros sin que ninguno se atreviese a ser el primero en hablar.

El silencio que empezaba a pesar como una losa, fue roto de pronto por la voz bien timbrada de Malik:

—Nosotros os ayudaremos.

Todas las miradas se giraron á ella.

—¿De qué forma puedes ayudarnos, Malik? —inquirió Roy—. En la situación en que nos encontramos...

Ella forzó una sonrisa.

—Mi familia vive en Hiroshima. No odiamos a los norteamericanos porque en nuestros corazones no hay lugar para el odio. Mi padre es un hombre justo y os ayudará.

Mark Preston tragó saliva.

—Todos nos encontramos en peligro, Malik —dijo enronquecida extrañamente la voz—. Lo mejor que podrías hacer es avisar a tus familiares y huir todos de la ciudad.

Malik arqueó las cejas sin comprender.

—Pero eso no es posible, Mark —denegó moviendo lentamente la cabeza—. Siempre hemos vivido en Hiroshima. Esperaremos a que la noche acabe de extender su negro manto y os conduciré a nuestra casa. Allí podréis esperar escondidos hasta que mi padre encuentre una solución a vuestros problemas.

Preston crispó los maxilares sacudiendo la cabeza.

—Tú no lo sabes, pero en estos momentos vuestros problemas son todavía más graves que los nuestros, muchacha.

Ella lo miró, incrédula.

Roy puso la diestra en el antebrazo de su amigo.

—No te canses, Mark. La chica no puede comprender lo que

sucederá en el plazo de unas horas. Recuerda que en aquel tiempo el mundo entero se sobrecogió de terror al saber el terrible poder destructor. Malik no lo entendería por mucho que te esfuerces.

—¡Pero nosotros lo sabemos, Roy! —estalló rabioso Preston—. Y tenemos la obligación de hacer algo.

El profesor Bancroft se adelantó hacia Mark Preston.

—No te precipites, Mark.

—¿Qué trata de decir, profesor?

Bancroft se pasó la lengua por los labios. Vaciló unos instantes y mirando en torno suyo, dijo:

—No podemos cambiar el curso de la Historia.

Preston se encaró a él lleno de rabia.

—Me parece que entiendo lo que ha tratado de decir, profesor —masculló ceñudo—. Si lo que está pensando es que dejaremos a estas criaturas correr su suerte… se equivoca de todas a todas.

Bancroft lo miró recto a los ojos.

—Tú y yo no somos los únicos que contamos, Mark.

—¿Qué insinúa?

—Lo correcto sería efectuar una votación.

—¿Una votación…? —se atragantó Preston a causa de la misma furia que lo dominaba—. Ni lo sueñe, profesor. Cada uno de ustedes puede hacer lo que venga en gana. Por mi parte intentaré ayudarlos en todo cuanto me sea posible. Ya ha escuchado que en los corazones de su familia no hay lugar para el odio. ¿Cree que unas personas así pueden ser inmoladas por la maldad humana?

Sobrevino un silencio y encogió los hombros Bancroft.

—Nosotros no hemos escrito la Historia, Mark.

—Pero tenemos una gran ocasión en nuestras manos, profesor. ¿Por qué infiernos no vamos a aprovecharla?

Roy terció entonces en la discusión:

—Me parece bien que votemos como ha dicho Bancroft, Mark. Yo lo hago afirmativamente a tu favor.

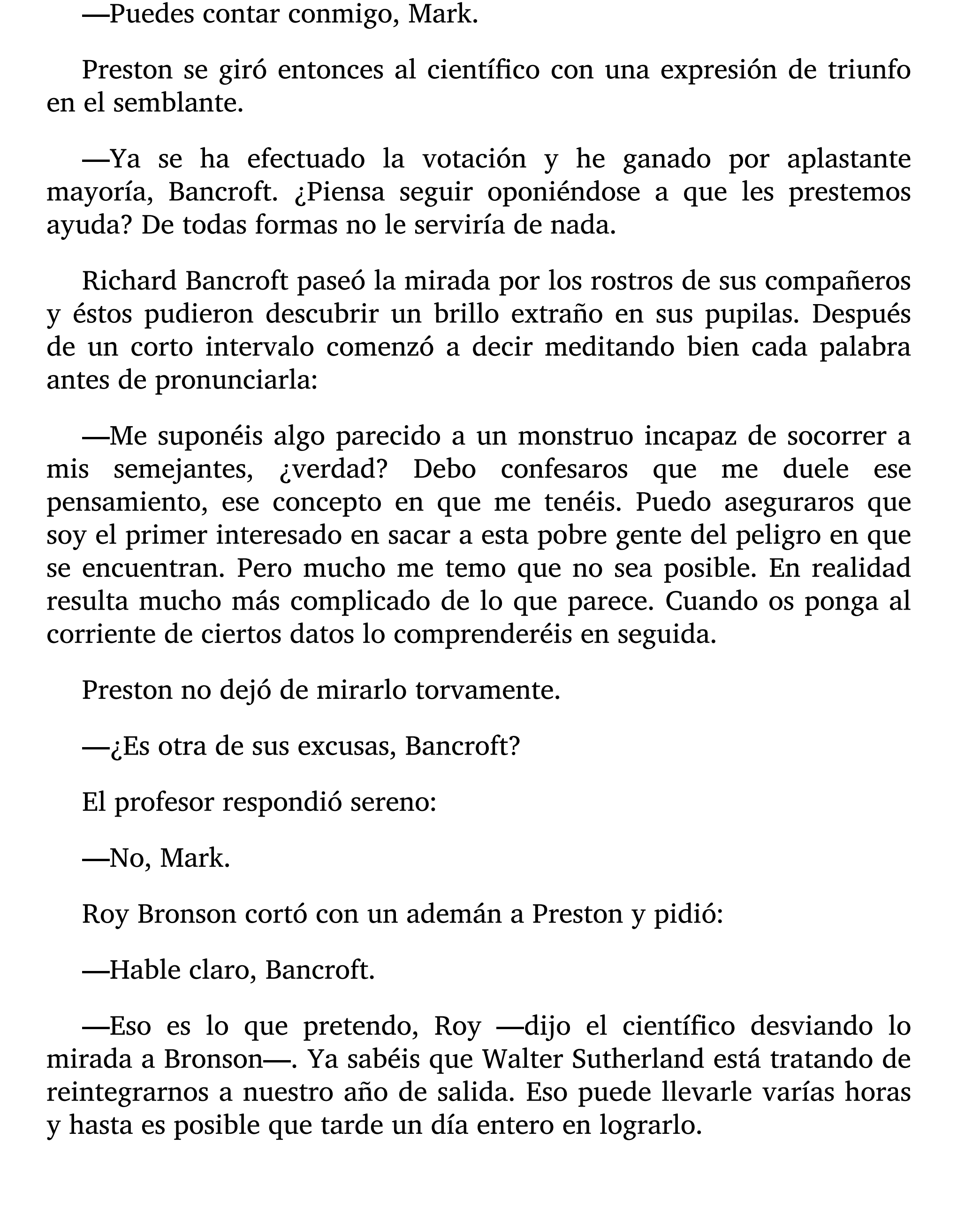
Preston le dedicó un gesto amistoso.

—Gracias, Roy. ¿Qué dices tú, Anne?

La aludida no vaciló al responder:

—Estoy contigo, Mark.

—¿Ronnie...?



—Puedes contar conmigo, Mark.

Preston se giró entonces al científico con una expresión de triunfo en el semblante.

—Ya se ha efectuado la votación y he ganado por aplastante mayoría, Bancroft. ¿Piensa seguir oponiéndose a que les prestemos ayuda? De todas formas no le serviría de nada.

Richard Bancroft paseó la mirada por los rostros de sus compañeros y éstos pudieron descubrir un brillo extraño en sus pupilas. Después de un corto intervalo comenzó a decir meditando bien cada palabra antes de pronunciarla:

—Me suponéis algo parecido a un monstruo incapaz de socorrer a mis semejantes, ¿verdad? Debo confesaros que me duele ese pensamiento, ese concepto en que me tenéis. Puedo aseguraros que soy el primer interesado en sacar a esta pobre gente del peligro en que se encuentran. Pero mucho me temo que no sea posible. En realidad resulta mucho más complicado de lo que parece. Cuando os ponga al corriente de ciertos datos lo comprenderéis en seguida.

Preston no dejó de mirarlo torvamente.

—¿Es otra de sus excusas, Bancroft?

El profesor respondió sereno:

—No, Mark.

Roy Bronson cortó con un ademán a Preston y pidió:

—Hable claro, Bancroft.

—Eso es lo que pretendo, Roy —dijo el científico desviando lo mirada a Bronson—. Ya sabéis que Walter Sutherland está tratando de reintegrarnos a nuestro año de salida. Eso puede llevarle varías horas y hasta es posible que tarde un día entero en lograrlo.

Ronnie tragó saliva sintiendo súbitamente reseca la garganta.

—Pero... Apenas faltan doce horas para que se produzca la explosión, profesor.

—Lo sé, Ronnie —cabeceó Bancroft—. Y en el caso de que Sutherland no pueda rescatarnos a tiempo... ¿qué tipo de ayuda creéis que podemos ofrecer a esta gente? Nos convertiremos en cinco víctimas más de la catástrofe de Hiroshima. Y aún me falta añadir algo.

En tono grave solicitó Bronson:

—Siga, Bancroft.

—Podemos simplificar el trabajo a Sutherland manteniéndonos en este lugar. Dentro del radio aproximado de un kilómetro. Alejarnos más sería temerario y dificultaría considerablemente su tarea.

Entre los reunidos se hizo un pesado silencio.

Los segundos transcurrieron con desesperante lentitud hasta que preguntó Roy:

—¿Sutherland puede captar la situación en que nos encontramos, profesor?

—¿Te refieres a saber que estamos en Hiroshima el día 5 de agosto de 1945?

—Eso es.

Bancroft encogió los hombros.

—No lo sé, Roy.

—Pero usted aseguró que esa máquina posee unos circuitos con extraordinario poder de recepción.

Bancroft chasqueó la lengua.

—No estoy diciendo que Sutherland ignore nuestra situación, Roy. En teoría puede incluso escuchar todo cuanto hablamos. Pero no tenemos medio de averiguarlo.

Ahora fue Anne la que inquirió:

—¿Qué tanto por ciento de posibilidades tenemos de que nos esté escuchando, profesor?

—Digamos que... un cincuenta por ciento.

Ronnie dejó escapar un gruñido.

—Como si te jugaras la vida a cara o cruz.

Mark Preston se encaró al científico.

—¿Qué puede suceder si nos alejamos de Hiroshima, Bancroft?

—Ya lo he dicho, Mark. Sería temerario traspasar el límite de seguridad.

—Sin embargo podemos salvar la vida alejándonos de la ciudad. Escaparíamos de la explosión atómica.

—No podemos hacerlo, Mark.

—¿No, eh?

—Te falta saber un último detalle. Si nos salimos del perímetro idóneo Sutherland perderá nuestra pista y jamás podremos regresar al año 1983. Esa es la causa principal por la cual resulta casi imposible ayudar a esa gente.

Mark Preston permaneció unos instantes en silencio, pero no tardó en tomar una firme decisión.

—Voy a correr el riesgo.

Bronson frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Vosotros permaneceréis aquí mientras yo acompaño a Malik y Minoru. Quiero llegarme a Hiroshima e intentar hacer algo por esa gente. Procuraré estar de regreso antes del amanecer. Creo recordar que la bomba estalló a las ocho y cuarto de la mañana, ¿no?

Roy boqueó perplejo.

—¿Te has vuelto loco, Mark?

—Nunca estuve tan cuerdo en mi vida, Roy —le sonrió Preston—. Opino que vale la pena intentarlo.

Bronson se masajeó el mentón.

—Entonces el loco tengo que ser yo. Porque acabo de decidir que iré con vosotros.

El profesor Bancroft advirtió a ambos jóvenes:

—Puede ocurrir que a vuestro regreso ya no estemos aquí. Sutherland puede rescatarnos en cualquier instante y vosotros quedaríais para siempre…

Preston lo atajó levantando la diestra.

—No gaste saliva, Bancroft. Lo tenemos decidido.

CAPITULO XII

Anne no quiso despedirse allí de sus dos compañeros y los acompañó durante un trecho.

Mark Preston iba unos metros delante conversando animadamente con los hermanos japoneses.

Roy y ella caminaban en silencio.

La oscuridad era total en torno a ellos y de pronto se detuvo el joven girándose.

—Es mejor que regreses junto a Bancroft y Ronnie, Anne. Puedes tener dificultades para volver.

La chica también se detuvo y Bronson vio que sus ojos brillaban al levantar el rostro hacia él.

Su voz fue un quedo susurró al decir:

—No cometas imprudencias, Roy.

—Descuida, Anne.

—Y procura regresar lo antes posible. No quisiera que...

Roy alargó las manos cogiéndola por los hombros mientras dejaba escapar una risita aparentemente despreocupada.

—¡Eh, no hagamos una tragedia, Anne!

Bajo sus manos advirtió Bronson que el cuerpo de la muchacha se estremecía.

—Tengo un miedo atroz, Roy.

—No tienes que preocuparte, de veras. Seguro que estaremos de regreso antes de que Sutherland consiga algo positivo. No sucederá nada grave a pesar de los malos augurios de Bancroft.

Anne inclinó levemente la cabeza.

—Dios lo quiera, Roy.

El joven seguía teniéndola cogida por los hombros. Podía percibir la tibieza de su cuerpo en la palma de las manos. Sin saber cómo se

sintió contagiado de un sentimiento de infinita ternura. Un sopor agradable enturbió su cerebro.

Enronquecida la voz, dijo súbitamente:

—Quiero que sepas algo, Anne.

Ella movió la cabeza musitando:

—Sí, Roy.

—Nunca en mi vida he conocido a otra chica que se pudiera comparar a ti. Deseo fervientemente que todo acabe pronto para decirte... Para que jamás tengamos que separarnos.

Anne levantó despacio la mano y acarició con sus dedos los labios masculinos.

—Bésame, Roy.

El joven la apretó contra su pecho con ávida ansiedad.

Sus bocas quedaron unidas por un beso que los llenó de embriagadora felicidad.

* * *

—No he podido entender nada de lo que habéis hablado, Mark. Ese hombre al que llamáis Bancroft dice cosas muy extrañas.

Caminando entre Malik y Minoru, respondió Preston:

—Te será muy difícil entenderlo, Malik. Puedo explicártelo, pero sería preferible que confiaras en mí.

La chica aseguró sin vacilar:

—Confío en ti, Mark.

El pequeño Minoru intervino entonces preguntando:

—¿Qué es una explosión atómica, Mark?

Preston crispó los maxilares y tardó un poco en responderle.

—Dios quiera que nunca llegues a saberlo, Minoru. Es... una atrocidad inimaginable.

Siguieron caminando un trecho en silencio, pero en seguida lo

rompió Minoru volviendo a la carga:

—¿Ocurrirá en Hiroshima, Mark?

Otra vez tardó Preston unos instantes en responder.

—Me temo que no hay forma de evitarlo, Minoru.

—¿Y será muy grave para Hiroshima?

Mark pasó el brazo izquierdo por los hombros del chico y lo atrajo cariñosamente.

—Vamos a cambiar el tema, Minoru.

El niño crispó los labios defraudado.

Pero su hermana Malik no tardó en tomar el relevo y preguntó:

—¿Te importaría explicarnos lo que está sucediendo, Mark? A pesar de que resulte muy extraño me gustaría escucharlo.

—¿Eso te ayudará, Malik?

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—La incertidumbre hace daño, Mark —aseguró la muchacha en un susurro apenas audible—. En estos momentos mi cerebro es un verdadero caos. Estoy llena de inquietud.

—Que yo te diga lo que ocurre no contribuirá a calmarte, Malik.

—No importa.

Preston meditó por tercera vez una respuesta.

—De acuerdo —accedió finalmente—. Pero te advierto que cuanto diga os resultará increíble, absurdo… Aun así voy a poneros al corriente y espero que no me toméis por un alucinado.

—Yo vigilaré por si vienen soldados, Mark —se ofreció el pequeño Minoru súbitamente animado por la promesa del norteamericano—. Tengo una buena vista.

—De acuerdo, Minoru.

Preston hizo una breve pausa y acto seguido comenzó a relatarles lo ocurrido desde que abandonó Walker Big.

Mientras hablaba pasó el brazo derecho por la cintura de Malik en gesto afectuoso desprovisto de maldad. Lo muchacha no se opuso, pero Mark estuvo a punto de soltarla un tanto azorado.

Había comprobado que Malik poseía un turgente cuerpo de mujer.

* * *

Los dos amigos llevaban más de hora y media aguardando en aquella estancia de reducidas dimensiones y bajó techo, que casi rozaba con sus cabellos.

Preston emitió un gruñido.

—Se han olvidado de nosotros, Roy.

—No lo creo. Malik estará poniendo en antecedentes a sus familiares de cuanto tú le has explicado.

—Y la van a tomar por loca si se le ocurre decir que ella me cree —farfulló Preston—. Lo más probable es que su padre avise a la policía para que vengan a buscarnos.

Roy sacudió la cabeza.

—El padre de la chica me ha parecido un buen hombre, Mark.

—Sí, pero...

En aquel momento se abrió la puerta situada en uno de los paneles de la estancia y en el hueco se enmarcó un japonés de unos cuarenta y cinco años, aunque su edad era difícil de precisar. Tenía la piel oscura y los rasgos de su rostro eran serenos.

Cerró la puerta a su espalda y dio unos pasos por la habitación mirando unos instantes a los dos norteamericanos.

—Mi hija me ha explicado lo que ocurre —empezó a decir—. Ha relatado una historia absurda.

Mark Preston dejó escapar un suspiro.

—Me lo temía.

—Sin embargo es la pura realidad, señor —dijo Roy soportando la escrutadora mirada del japonés—. A las 8.15 de la mañana será

destruida Hiroshima.

El padre de Malik meditó largamente sus siguientes palabras.

—Nos ha impresionado la total confianza que de muestra Malik en ustedes. Ella asegura con extraordinario énfasis que están diciendo la verdad.

Roy compuso una mueca.

—Pero usted no lo cree así, ¿eh?

—En efecto.

—Comprendo —asintió Bronson—. Se trata de un relato demasiado fantástico para ser creído. No obstante, piense que no teníamos ninguna necesidad de venir a avisarlos. Nos hubiese bastado con inmovilizar a Malik y Minoru cuando los sorprendimos. Incluso si supone que somos espías o algo parecido, podíamos haberlos eliminado.

El japonés afirmó moviendo la cabeza.

—Ya he pensado en eso. Precisamente es el detalle que más me intriga de esto.

Preston intervino entonces con vehemencia:

—¿No comprende que lo único que pretendemos es salvarlos de la catástrofe?

El padre de Malik lo miró sin descomponer ni un músculo de la cara y preguntó serenamente a su vez:

—¿A quién desean salvar?

En las pupilas de Preston hubo un destello de asombro.

—A usted... a todos sus familiares.

—¿Mis familiares...? —hizo una leve mueca irónica el japonés—. Mi familia es mucho más extensa de lo que puedan suponer. Aun en el caso de dar crédito a lo que ustedes dicen no podría reunirlos a todos antes de dos o tres días.

Mark lo miró perplejo.

—No se trata de salvar a toda su larga familia. Me he referido a los más allegados...

El japonés levantó la diestra cortándolo.

—Eso no es posible. Nunca podría ponerme a salvo dejándoles condenados a una muerte cierta como ustedes afirman. Mi conciencia no me lo dejaría hacer.

Preston apretó los maxilares.

—¡Pero no hay tiempo de avisarlos a todos! —estalló colérico—. ¿No comprende que es cuestión de horas?

Antes de que respondiese el padre de Malik, se le adelantó Roy:

—Lo que ocurre es que no nos cree, ¿verdad?

El japonés encogió los hombros.

—Puede que sea como usted dice.

Un largo silencio gravitó sobre los tres.

Finalmente lo rompió Bronson indagando:

—¿Ha tomado una decisión respecto a nosotros, señor?

—Sí.

—¿Entregarnos a la policía?

—Ni siquiera ha pasado por mi cabeza —replicó en seguida el japonés—. Creo que Malik les aseguró que soy un hombre amante de la paz. Contrario por completo a las guerras que sólo sirven para sembrar la desolación y la muerte en el mundo.

—En efecto —corroboró Bronson—. Pero siendo usted japonés…

—Un ciudadano no tiene que estar siempre de acuerdo con los ideales de sus gobernantes. Ante todo debe de ser súbdito fiel de su propia conciencia.

Ya más calmado, terció Preston:

—¿Qué ha pensado hacer con nosotros?

—Deseo que regresen al lugar donde los encontraron Malik y Minoru lo antes posible.

Mark torció los labios en mueca sardónica.

—No quiere verse comprometido por nuestra presencia, ¿eh?

—Se equivoca.

Bronson intervino entonces adelantándose un paso hacia el padre de Malik:

—Usted no tiene ningún derecho sobre la vida de su gente. Malik y Minoru creen en nosotros y no obstante los piensa condenar a una muerte segura.

El japonés movió la cabeza en sentido negativo.

—Malik y Minoru irán con ustedes.

Bronson y Preston cambiaron una mirada de infinito asombro.

Lo que acababa de decir aquel hombre los había dejado estupefactos.

Y fue Roy el primero en reaccionar.

—¿Cómo dice?

—Usted mismo afirmó que tuvieron sobradas ocasiones de hacer daño a mis hijos. Si no lo hicieron fue por qué en realidad no lo han pensado en ningún momento. Como muy bien ha dicho no tengo derecho a sacrificar a mis hijos. Ellos creen lo que ustedes afirman y voy a concederles la oportunidad de comprobar si están en lo cierto.

Guardó un breve silencio y a continuación añadió:

—En caso contrario estarán de regreso mañana. Confió en que ustedes seguirán sin causarles daño.

Preston lo miró fijamente.

—Usted también debería…

Pero el japonés lo cortó haciendo un ademán.

—No insista, por favor. Mi decisión está tomada.

CAPITULO XIII

Las siete personas se miraban inquietas las unas a las otras. Se hallaban dominadas por una irreprimible tensión que las mantenía en aquel estado depresivo.

Un grave silencio preñado de malos augurios se cernía sobre la verde pradera próxima a la ciudad de Hiroshima. Roy y Anne estaban muy cerca el uno del otro.

Ronnie preguntó de pronto:

—¿Qué hora es, Mark?

—Me lo has preguntado hace tres minutos, Ronnie.

—Maldita sea... ¿Qué hora es, diablos?

Mark consultó el reloj que le había regalado Malik antes de abandonar su casa.

—Las 7.50.

Ronnie se pasó la mano por los cabellos en gesto desesperado.

—De un momento a otro escucharemos el ronroneo de los aviones sobre Hiroshima.

Preston gritó fuera de sí:

—¡Cállate ya, Ronnie!

Deseando aminorar la terrible tensión que los atenazaba, se dirigió Roy a Bancroft:

—Quisiera que me confirmara una cosa, profesor,

El científico comprendió lo que pretendía Bronson y asintió moviendo la cabeza.

—Dime, Roy.

—Supongo que Malik y Minoru vendrán con nosotros si Sutherland consigue sacarnos de aquí a tiempo, ¿no?

—Sin duda, Hoy. Como antecedente tenemos el caso vuestro. Si permanecen junto a nosotros serán proyectados al mismo tiempo.

Ronnie emitió una risita bastante nerviosa.

—¿Esperas un milagro, Roy?

—Nunca se debe perder la esperanza, Ronnie —reprendió duramente Roy fulminándolo con la mirada—. Si quieres sembrar el desconcierto sólo tienes que ponerte a chillar histéricamente.

El grandullón sonrió áspero.

—Te recordaré eso de la esperanza segundos antes de la explosión, amigo.

Entre los siete componentes del grupo se estableció un nuevo silencio que, sin embargo, no duró mucho.

Sujetando fuertemente la mano de la silenciosa Malik con su diestra, dijo decidido Mark Preston:

—Nosotros no seguiremos aquí. Malik, Minoru y yo, vamos a alejarnos todo lo posible de Hiroshima.

Con el brazo de Roy por encima de sus hombros, aseguró con grave entonación Anne:

—No os serviría de nada, Mark.

—Aun así lo haremos.

—Es posible que logréis escapar a los efectos directos de la explosión —siguió diciendo Anne—. Pero de ninguna manera escaparéis a la mortífera radiactividad.

Ronnie preguntó una vez más:

—¿Qué hora es, Mark?

—¡Vete al infierno!

Observando la esfera del reloj en la muñeca de Mark, informó con extraña serenidad Malik:

—Son las 8.05, Ronnie.

El grandullón tenía el semblante macilento. Cerrando un ojo en irreprimible tic nervioso, bisbiseó:

—Es como si ya los tuviéramos encima.

En eso intervino el profesor Bancroft paseando la mirada a su

alrededor.

—Por una vez estoy de acuerdo con lo que ha dicho Mark. Debemos alejarnos cuanto podamos de la ciudad.

Varios pares de ojos se clavaron sorprendidos en él.

Fruncido el entrecejo objetó Bronson:

—Usted dijo que bajo ningún pretexto debíamos abandonar este lugar, Bancroft.

—En efecto, Roy. —reconoció el profesor—. Pero eso lo dije hace unas horas. Cuando aún conservaba esperanzas de que Sutherland conseguiría sacarnos a tiempo de aquí.

—Entonces es que ha perdido la confianza en que lo logre, ¿verdad?

Bancroft afirmó con un leve movimiento de cabeza.

—Así es, Roy.

Después de un intervalo chasqueó la lengua Roy.

—No vamos a salvarnos por correr más o menos —comentó pensativo—. Anne tuvo razón al decir que no podríamos escapar a los terribles efectos de la radiactividad. Casi… prefiero correr en dirección a Hiroshima y que todo termine en cuestión de segundos.

Anne le oprimió la mano.

—No digas eso, Roy.

Mark Preston miró a sus compañeros fulgurantes las pupilas.

—Sólo disponemos de cinco minutos escasos —masculló—. ¿Es que vamos a desperdiciarlos discutiendo?

Roy replicó con sorna:

—Eres muy libre de empezar a correr, Mark. No tiene necesidad de esperarnos.

Ronnie también comenzó a dar muestras de pánico.

—Maldita sea… Ya deberíamos estar galopando.

Bancroft le hizo una indicación.

—Ocúpate tú de Minoru, Ronnie. Y si yo me retraso que nadie se detenga a esperarme.

De repente todos quedaron sobrecogidos.

En el limpio cielo de la radiante mañana de Hiroshima se escuchó el rugido de unos motores. Levantaron instintivamente la mirada aun sabiendo lo que iban a ver.

Mark aferró la diestra de Malik y fue el primero en salir corriendo en dirección contraria a la ciudad.

Ronnie tampoco perdió tiempo en coger la mano del pequeño Minoru y tirando de él, le gritó:

—¡Dale a las piernas todo lo que puedas, Minoru!

Roy se giró mirando a Bancroft.

—¿Qué piensa hacer usted, profesor?

—Echar a correr, Roy.

—¿A su edad?

—¡No es tiempo de discutir, Roy! —gritó exasperado Bancroft—. ¿A qué diablos estáis esperando para seguirlos?

Bronson compuso una mueca.

—Vaya usted delante, Bancroft.

—¡Roy…!

—¡He dicho que vaya delante!

El científico lo miró fijamente unos instantes y a continuación echó a correr en pos de los otros.

Sólo quedaron en aquel lugar Anne y Roy.

El joven pasó los brazos por la cintura de ella.

—¿Crees que vale la pena correr, Anne?

—Es inútil, Roy.

—Lo mismo pienso yo. Esos ilusos creen que podrán escapar.

Anne le envolvió en una cálida mirada.

—Bésame, Roy.

Bronson no se hizo repetir la orden.

Se inclinó sobre ella y aplastó la boca en los sabrosos labios femeninos.

La estaba besando apasionadamente cuando observó de soslayo que de un avión se descolgaba un enorme y brillante objeto. Descendía a vertiginosa velocidad sobre Hiroshima.

Supo que los segundos de vida estaban contados.

Apretó con más fuerza a Anne.

* * *

Bronson dejó de besar a la muchacha y miró a su alrededor, atónito.

Se encontraban en el centro de una calle y un auto que se les acercaba a buena velocidad hizo sonar el "claxon". Se apresuraron a subir sobre la acera y cuando el vehículo pasó junto a ellos gritó el conductor por la ventanilla:

—¿No tenéis otro sitio donde pelar la pava?

Era de noche.

Pero la calle se hallaba profusamente iluminada y por todas partes se podían ver letreros de neón.

Escritos en inglés.

Preston y los otros se habían frenado en seco al darse cuenta de que ya no corrían por la verde pradera cercana a Hiroshima. Ahora se estaban mirando con una expresión de perplejidad reflejada en los rostros.

Sobre todo en los de Malik y Minoru.

Anne y Roy acudieron junto a ellos.

Tan pronto los tuvo a su lado, inquirió Mark:

—¿Dónde nos encontramos ahora, Roy?

Bronson echó una nueva ojeada a su alrededor antes de responder.

—Esto es Los Ángeles sin lugar a dudas, Mark.

Ronnie dejó la mano del pequeño Minoru y empezó a reír. En principio fue una suave risita. Pero acabó riendo a carcajadas hasta que las lágrimas le rodaron por las mejillas.

Bancroft comentó:

—Hemos vuelto a casa. Ahora… sólo falta saber en qué año lo hemos hecho.

Bronson levantó el brazo señalando hacia un anuncio luminoso.

—En aquel bar lo podremos averiguar.

Algunos transeúntes se cruzaban con ellos sin prestarles la menor atención.

El grupo se encaminó al bar.

Penetraron en el local y Roy se dirigió resueltamente a la barra. Estaba pensando en la forma de averiguar lo que les interesaba sin tener que dar demasiadas explicaciones al *barman*, cuando escuchó que lo llamaba Mark.

Se aproximó a él y observó que tenía la mirada fija en un calendario colgado en una de las paredes.

Respingó sobresaltado.

Porque aquel calendario marcaba… ¡el 10 de junio de 1993!

* * *

El helicóptero sobrevolaba un paraje abrupto del desierto. Se desplazaba con el monocorde aleteo de sus largas aspas a unos veinte metros de las arenosas dunas y los resecos matorrales.

Manejando los mandos del aparato, dijo Roy:

—Puede que otras personas hayan descubierto a Sutherland en los diez años que han transcurrido, profesor.

Bancroft movió la cabeza en sentido negativo.

—Imposible. Collinson, Sutherland y yo, nos preocupamos de que eso no pudiera suceder. Instalamos nuestra máquina en una galería subterránea cuya entrada quedó disimulada perfectamente.

En el helicóptero sólo iban Bancroft, Bronson y Ronnie.

Lo habían alquilado sin dificultad en Phoenix y allí quedó Mark Preston haciendo compañía a los restantes miembros del grupo.

Bronson escuchaba las instrucciones de Bancroft respecto a la dirección que habían seguir.

De pronto exclamó el científico:

—¡Es ahí, Roy!

El joven miró en seguida hacia donde estaba señalando el profesor. Era un promontorio algo más elevado que los otros del contorno. Un lugar escarpado lleno de abundantes rocas de todos los tamaños.

Bancroft siguió diciendo un tanto excitado:

—Desciende, Roy. La entrada a la galería se encuentra detrás de aquella roca más oscura que las otras.

Levantando una gran cantidad de arena con las aspas, posó Bronson el helicóptero lo más próximo que le fue posible a la roca indicada por el profesor.

Bancroft saltó a tierra tan pronto se hubo detenido el aparato.

Se dirigió resueltamente hacia la oscura roca y lo siguieron Bronson y Ronnie. Este último comentó risueño:

—Siento grandes deseos de estrecharle la mano al hombre que nos salvó la vida.

Llegaron a un angosto pasillo natural abierto entre dos grandes peñas que quedaba oculto por completo a toda mirada que se hallara a una distancia superior a los cuatro o cinco metros.

Se internaron por él y poco después llegaron ante una puerta metálica cubierta de óxido, cuyos goznes estaban sujetos a la pared rocosa. Los tres hombres observaron que la hoja de acero se hallaba ligeramente entreabierta.

Bancroft titubeó con el ceño fruncido antes de decidirse a empujarla y traspasar al umbral.

Los dos jóvenes lo siguieron.

Y los tres quedaron mudos de asombro.

Se encontraban dentro de una especie de enorme cueva llena de paneles de control y diversas computadoras. En el centro de la estancia había una extraña máquina de gran tamaño provista de un tablero electrónico.

Y sobre el tablero un esqueleto revistiendo una bata que en su día debió ser blanca.

Todo aparecía cubierto de una gruesa capa de polvo. Las computadoras, los paneles de control y la extraña máquina, presentaban un aspecto deplorable.

Herrumbre por todas partes.

Bronson hizo un ademán señalando el esqueleto.

—¿Sutherland?

Bancroft tardó unos segundos en mover la cabeza afirmativamente.

* * *

—¿Qué explicación dio el profesor Bancroft a lo ocurrido, Roy?

El joven apartó la mirada de la polvorienta carretera y miró fugazmente a su esposa.

—Está tratando de hallar algo lógico a lo que aferrarse, Anne.

—¿Y lo encontrará?

—No lo sé —encogió los hombros Roy—. Por ahora sólo tiene hipótesis. Sutherland pudo fallecer por causas naturales debido a su avanzada edad. También es posible que su muerte se deba a lo que Bancroft ha llamado "viento del infierno".

Anne frunció el ceño.

—¿Viento del infierno?

—Ese fue el nombre que le dio Bancroft, querida. Dijo que al sacarnos de Hiroshima, Sutherland pudo absorber radiactividad de la

explosión atómica. Creo… que la muerte de ese hombre jamás podrá ser aclarada de una manera convincente.

Hubo un corto silencio y comentó Anne:

—Es extraño que Ronnie se ofreciera a Bancroft para ayudarle en sus investigaciones.

—Y tan extraño —cabeceó Roy—. Nunca lo hubiera, sospechado de Ronnie. Sin embargo se ha quedado con el profesor.

Se estableció un nuevo silencio y volvió a romperlo Anne:

—Lo que no acabo de comprender es que Mark se haya negado a venir a Walker Big.

Roy dejó escapar una risita.

—Yo lo puedo comprender perfectamente, nena.

—¿Sí?

—Mark ha descubierto que Malik es una mujer y se ha enamorado de la muchacha. Me dijo que nada lo ataba a ese pueblo y por lo tanto prefería quedarse en Los Angeles. Tratará de buscar un porvenir para su esposa japonesa y su cuñado Minoru. Espero que sean todo lo felices que se merecen.

Anne movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Malik es una gran chica.

Bronson se dio cuenta de que su esposa hablaba con entonación un tanto ausente y detuvo el auto girándose en el asiento.

—¿Quieres decirme lo que te ocurre, Anne?

—Nada, Roy.

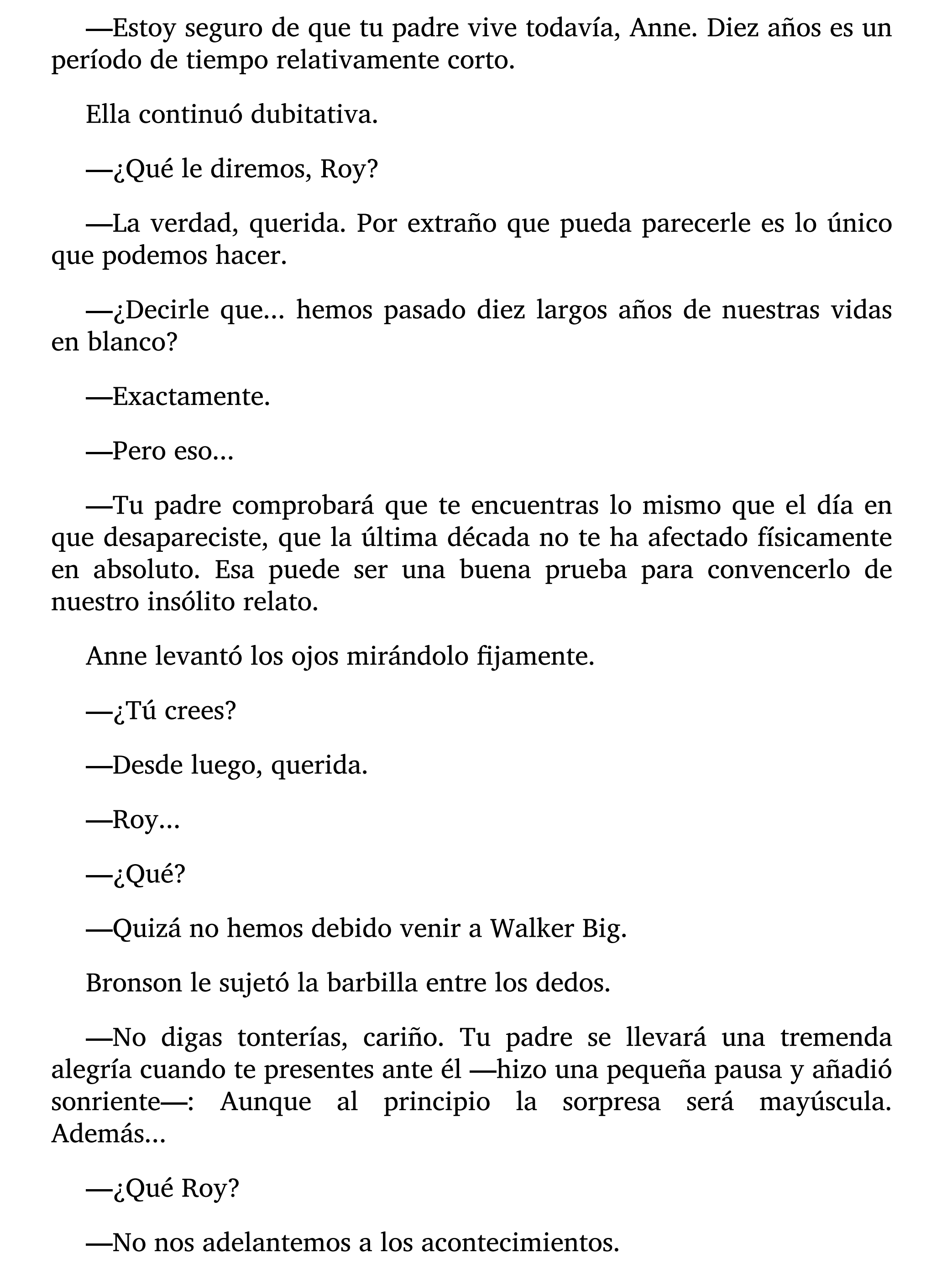
—No sabes mentir, querida. Es a causa de tu padre, ¿no?

Anne lo miró intensamente y terminó por afirmar:

—Sí, Roy.

—¿Por los diez años transcurridos desde que abandonaste Walker Big?

—Así es, Roy.



—Estoy seguro de que tu padre vive todavía, Anne. Diez años es un período de tiempo relativamente corto.

Ella continuó dubitativa.

—¿Qué le diremos, Roy?

—La verdad, querida. Por extraño que pueda parecerle es lo único que podemos hacer.

—¿Decirle que… hemos pasado diez largos años de nuestras vidas en blanco?

—Exactamente.

—Pero eso…

—Tu padre comprobará que te encuentras lo mismo que el día en que desapareciste, que la última década no te ha afectado físicamente en absoluto. Esa puede ser una buena prueba para convencerlo de nuestro insólito relato.

Anne levantó los ojos mirándolo fijamente.

—¿Tú crees?

—Desde luego, querida.

—Roy…

—¿Qué?

—Quizá no hemos debido venir a Walker Big.

Bronson le sujetó la barbilla entre los dedos.

—No digas tonterías, cariño. Tu padre se llevará una tremenda alegría cuando te presentes ante él —hizo una pequeña pausa y añadió sonriente—: Aunque al principio la sorpresa será mayúscula. Además…

—¿Qué Roy?

—No nos adelantemos a los acontecimientos.

Acto seguido le pasó el brazo por los hombros y tiró suavemente de ella.

La besó con fruición.

Anne se sintió confortada por la caricia de su esposo y al soltarla, éste, musitó:

—No dejes nunca de besarme, Roy.

Bronson dio una cabezada afirmativa inclinándose nuevamente sobre su mujer.

—Eso no tienes necesidad de pedirlo, Anne.

El coche tardó más de media hora en reemprender la marcha hacía Walker Big.

FIN